

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX

San José, Costa Rica 1929 Sábado 16 de Noviembre

Núm. 19

Año XI. No. 467

SUMARIO

De ellos recogió para su espíritu y no para su carne... *Octavio Jimenez*
Bibliografía titular.....
Estampas..... *Juan del Camino*
Algo más acerca de la profilaxis propia..... *Victor Guardia Quirós*
Epistolario..... *Omar Dengo*
Carta abierta a José Vasconcelos..... *Mercedes Gómez*
El nacionalismo de Rabindranath Tagore (II)..... *Franco. García Calderón*

Bernard Shaw (I)..... *Alvaro Alcalá Galiano*
La política y los hombres de negocios..... *B. Sanín Cano*
Poesías..... *Serafin Delmar*
El Hombre-Máscara..... *A. Guerra Trigueros*
Conrado Walter Massaguer..... *Max Jiménez*
Tablero.....

OMAR Dengo fué un espíritu de una probidad ejemplar. Cuando después de su muerte volvemos los ojos a lo que nos quedó, casi no se agotan en el recuento los dedos de la mano. ¿En qué actividad de su vida no aparece reflejada profundamente esa virtud? De ahí que, al pretender vincularlo en su totalidad a cuestiones o problemas cuya claridad no sea meridiana, los que en él tuvimos un inspirador nos llenamos de sobresalto. Se ha dicho, por ejemplo, que en los norteamericanos encontró muchas de sus «enseñanzas maravillosas». Hay norteamericanos de norteamericanos. Unos crean instituciones de bien, otros de mal. Omar estuvo con los primeros.

Me tocó la rara fortuna de ir con él a los Estados Unidos en 1915. ¡Cuánto bien me dió su compañía fraterna! ¡Qué guía tan austero me deparó la vida! Omar me fué abriendo aspiraciones, me fué poniendo en contacto con instituciones y hombres. Era un espíritu profundamente preocupado por adquirir sabiduría. Este término puede usarse en él sin que nadie vea la menor traza de petulancia. Su vida estaba abierta a las corrientes de sabiduría del mundo, de un modo natural. A los Estados Unidos fué poseído de esa inquietud. En Boston, apenas desembarcado, va a visitar la Universidad de Harvard. La conoce y alguna melancolía le llega viendo aquella juventud que recibe una disciplina fecunda.

¿No habría querido tener él la oportunidad de pasar por una universidad? Su pobreza no lo dejó de seguro.

Después, siguiendo un itinerario del espíritu, buscó el rumbo de Concord. Un tranvía nos dejó al cabo de una hora

De ellos recogió para su espíritu y no para su carne



Omar Dengo

en el corazón del pueblecito. ¿Qué recuerdos animaron allí su peregrinación? Ah! leía la correspondencia entre Emerson y Carlyle y una guía para el viandante le mostró que Concord se hallaba en las vecindades de Boston. De ahí su visita

al pueblo lleno de tanta tradición histórica.

En el silencio de una tarde fría y triste visitamos la tumba de Emerson. Hacía pocas horas habíamos desembarcado y la prisió del barco nos seguía aun por la sombreada avenida de pinos que conducía al cementerio. No sabíamos movernos en tierra. Estábamos a punto de devolvemos, cuando un viejecillo a quien interrogamos nos puso con una sola señal junto al sitio que buscábamos. Frente al trozo enorme de cuarzo rosado que es el monumento del grande hombre, se llenó Omar de un regocijo extraño. De los pinos que daban sombra al monumento glorioso recogió él unas ramas. Yo no pude ser comedido y cogí cuarzo, trozos de aquel cuarzo rosado evocador de una vida que recogió para diseminar entre los hombres una gran sabiduría. Lo guardo con cariño.

Una carta de Emerson recomienda a Carlyle a su hijo Eduardo, quien pasaría por Inglaterra en viaje a Alemania. «Dale tu bendición» le dice, y dile lo que le convenga ver a su paso por Londres. Después de nuestra visita de aquella tarde supimos que aun vivía ese hijo de Emerson. Había que visitarlo y otro día muy de mañana, como pasajeros de un carretón, llegamos a la casa del Doctor Emerson. Ocupamos aquel divertido medio de transporte por invitación del carretonero que marchaba en dirección de la casa que buscábamos. ¡Cuántos planes se hizo Omar

mientras el vehículo rodaba sobre el asfalto de la carretera! Eduardo Emerson nos recibiría regocijado apenas le contara que teníamos devoción por su padre y que habíamos venido atravesando el mar, desde muchas millas distantes, a sen-

tir el influjo de aquel ambiente inspirador de una filosofía que perdurará a través de los siglos. Y nos pediría que le hiciéramos compañía y comentaría con él pasajes de tantos ensayos admirables. El hijo cada vez más hallado con el visitante devoto de su padre, iría prolongando la plática y convencido al final de que no era simulado el amor, pondría en sus manos, como presente sublime, algún manuscrito de los tantos dejados por el filósofo. ¡Qué regocijo sería ojear las páginas originales en que Emerson dejara para la eternidad tanta sabiduría!

Mas la realidad fué otra. El hijo de Emerson era un hombre vencido, recluido en un cuarto, sin ánimo para recibir a ningún visitante por muy devoto que fuera del padre.

Y como en Concord, Nathaniel Hawthorne había dado el vigor de su espíritu en cuentos y novelas admirables, Omar contempló de cerca la casa en que vivió aquel que de tanto deleite nutriera sus devociones literarias. Y como también Henry David Thoreau había puesto a fulgurar su estrella en el pueblecito apacible, Omar buscó la escuela en donde enseñara el que se tornó después en silencioso de Walden Pond.

¡Qué guía tan excepcional fué Omar! Cómo fué despertándose devociones que perduran y llevan trazas de perdurar a través de mi vida. Su sabio ambular por Concord no terminó sin haber pasado largas horas en la biblioteca pública que guarda manuscritos de Emerson, y sin haber inquirido en una escuela, siguiendo la sed espontánea de su espíritu, los métodos de educación en práctica. Bien lo recuerdo en conversación animada y larga con la directora de la escuela de Concord. Nada parecía sorprenderlo y por eso era grande el regocijo que sentía cuando veía aplicando lo que él tenía ya sabido mediante disciplina austera. Porque Omar Dengo fué realmente un devoto de la escuela, no un improvisado que hiciera prédica de la educación de los niños para coger nombre y posiciones. Este viaje a los Estados Unidos lo hizo con sus propios y escasos dineros, nada más que por el ansia de estudiar las corrientes pedagógicas de esa gran nación. Sabía que sus educadores son gente despierta a todo influjo de renovación y quiso ver de cerca lo que ellos iban realizando en bien de la educación de los niños de su país. Por eso en Concord buscó la escuela y presencié lecciones y conversó acerca de ellas.

De regreso en Boston lo seguí por las pequeñas colinas y llanos del cementerio de la enorme ciudad. Buscaba la tumba de George, del economista Henry George. Por este norteamericano tenía gran estimación y conocía bien sus teorías económicas.

Allí terminó su peregrinación por Boston, porque enseguida un tren nocturno nos condujo a Nueva York. Esta ciudad, asentada sobre roca, fué para Omar, no un despeñadero de su vida, sino una saludable enseñanza. Buscó sus instituciones y las conoció cuando se internó en la Universidad de Columbia en busca de un Dewey y de un Thorndike; cuando

observó y reflexionó lo que el Teacher's College hacía en el progreso de la educación; cuando abrió sus ojos de visión certera y grande en los salones del Museo Metropolitano; cuando alzó su espíritu a la comprensión de la cultura que la ciudad, un tanto babélica, se empeña en crear y difundir.

He aquí el Omar que admiraba instituciones y publicaciones de Norte América. No debe vincularse en globo a los norteamericanos. Por haber sido testigo de lo que el grande hombre persiguió en su breve paso por los Estados Unidos, digo que de ellos recogió para su espíritu y no para su carne. El nos dejó una piedra de toque. Cuando los profetas nos predicaban las excelencias de los norteamericanos para deslumbrarnos, vuelvo el pensamiento hacia la vida ejemplar que se nos fué. Excelencias sí, pero no las transitorias y opresivas del

oro, que éste es manejado con los instintos del vientre que tiene su guarida en la calle que muere en Trinity Church. Excelencias del espíritu son las que pedimos a los profetas, que éstas no oprimen a pueblo alguno, no emigran de los Estados Unidos a acaparar tierras, a monopolizar la electricidad, a hacer carreteras, a matar *nativos*, a adueñarse de todos los recursos que dan vida independiente y autonomía a un país. Excelencias de los norteamericanos, mas no las de los prestamistas; sí las de un Emerson que ilumina la vida del hombre despertándolo a la conciencia de que hay en la naturaleza humana un resplandor sagrado que está por sobre todas las comodidades transitorias que ofrece el oro. Conciencia que mata el instinto natural a servir de instrumento de las fuerzas opresoras a cambio de blanduras fugaces.

Octavio Jiménez

San José, Noviembre de 1929.

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Algo de Edad Media. El poema de Flamenca. El príncipe D. Juan. Recordando a Erasmo. El problema histórico de *La Celestina*. Cervantes y Pirandello, etc.

La editorial LA LECTURA de Madrid, aumenta su famosa serie *Clásicos Castellanos* con las

Poesías del P. Arolas.

Edición y prólogo por José R. Domba y Pedraja.

Y en la serie CUADERNOS LITERARIOS acaba de sacar

El reloj sin horas. Poemas por Fernando González.

Con un retrato del autor por José Gregorio Toledo.

La *La Revista de Occidente*, Madrid, enriquece su serie HECHOS NUEVOS, *Nuevas Ideas*, con esta obra:

Max Scheler: *El puesto del hombre en el Cosmos*. Trad. del alemán por José Gaos.

Espasa-Calpe ha puesto en circulación

Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento, por A. Bonilla San Martín.

En tres tomos de la NUEVA BIBLIOTECA FILOSÓFICA: El hombre y la época. Las doctrinas. Notas, apéndices, bibliografía.

Por la Legación del Uruguay en La Habana nos llega un ejemplar de

Pedro Erasmo Callorda: *Cantos del exilio*. Editorial HERMES. La Habana. 1929.

Por la Legación de México en Francia nos llega el folleto

El cambio de regimenes en México y las asonadas militares. (Síntesis histórica), por Alberto J. Pani. París, 1929.

Eugenio Orrego Vicuña (Villavicen-

Anotemos estas dos interesantes obras últimamente editadas por la sección editorial de HISTORIA Nueva, una organización de Comunidad Hispánica que ya realiza mucho, y con asiento en Madrid:

Marcelino Domingo: *Una dictadura en la Europa del siglo XX*.

Capítulos de la obra: El Estado fascista. El fascismo, forma de Estado inferior. El fascismo, peligro para Italia y para el mundo. El fascismo en la pendiente.

Américo Castro: *Santa Teresa y otros ensayos*.

No olvide Ud.

TOMAR UN BONO
POR LO MENOS DE LA

NACIONALIZACION ELECTRICA

Esos bonos llevan la garantía plena del Estado, devengan un interés fijo del 8% anual y están exentos de todo impuesto o descuento.

cio 361. Santiago de Chile) nos remite una obra que vamos a leer con sumo interés:

Tierra de Aguilas. Un sud americano en la U. R. S. S. Santiago, 1929.

Unos renglones sugestivos de la pág. xi: Canto a la humanidad, servicio de la humanidad, defensa de la humanidad. Orientar, romper murallas, despejar las rutas, abrir ventanas al horizonte y presentir, en el crepúsculo, los paisajes que habrán de iluminar las nuevas auroras!

Hacer que nazcan alas. Honrar el límite con un solo gesto grande y apasionado. Clavar con obstinación los ojos más allá del tiempo.—ADRIÁN: *Lo motivos.*

De don Carlos Fernández Mora, este folleto:

Amigos de Costa Rica en el Perú. 1929. San José, Costa Rica.

Recordamos, una vez más, a nuestro amigo Alberto Ureta.

Daniel Alfredo Díaz, de Cartagena, Colombia, nos remite:

Adolescencia. Editorial CROMOS. Bogotá.

Prologa esta obra poética Bartolomé Soler.

Arturo Mejía Nieto, uno de los valores literarios jóvenes de Honduras, muy estimable, nos manda

Relatos nativos. Tip. Nacional. Honduras, Tegucigalpa.

Lo apadrinan Santiago Argüello y Luis Andrés Zúñiga.

La SOCIEDAD BOLIVARIANA DEL PERÚ ha principiado una serie de publicaciones. Nos remite el No. 1:

Carlos Borges: *La casa de Bolívar.* Lima, 1929.

Un nombre nuevo e inquietante: *Julián Petrovick.* (Casilla 2898. Santiago de Chile). Nos remite su libro de poemas

Naipe adverso. Ediciones ANDE. Santiago de Chile. 1929.

Volveremos con Petrovick.

La Universidad Nacional de La Plata, Rep. Argentina, en su Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, saca una Revista muy interesante, muy recomendable:

Revista de identificación y Ciencias penales.

Nos llega el N.º 10, del tomo IV, Año II.

La segunda parte de *La historia de América* que está componiendo nuestro amigo Jorge Guillermo Leguía, llega ahora a nuestra manos.

(Caps. xxv a xxxv)

Comprende este tomo, la época de la Revolución emancipadora. Sirve de texto en los Colegios de Segunda Enseñanza y los edita la Librería Francesa Científica de E. Rosay. Lima. 1929.

Muy recomendable, ciertamente.

Espasa-Calpe, de Madrid, ha sacado el tomo II de la

Génesis de los organismos, por Oscar Herwig. Trad. del alemán por Fernando Lorente de Nó.

De la BIBLIOTECA DE IDEAS DEL SIGLO XX.

Valioso libro. Se consigue en \$ 8.50 el tomo en rústica.

Don Fernando Ortiz (Calle L y 27 Vedado, La Habana) ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar de su última obra:

José Antonio Saco y sus ideas cubanas. La Habana. 1929.

Hay que volver sobre esta obra. Es de americanos buenos continentalizar al egregio cubano Saco., «la figura cada día más continental del gran historiador de los negros». Se publica esta obra en la COLECCIÓN CUBANA de Libros y Documentos inéditos o raros, dirigida por el mismo Sr. Ortiz.

En las ediciones de la Revista SÍNTESIS y bajo los prestigios de J. Samet, Librero-editor, Av. de Mayo 1242, Bue-

nos Aires, se ha publicado esta obra que nos llega:

Eduardo Vaccaro: *Signos y símbolos.* Versos.

De nuestro generoso amigo don Rafael Larco H. Trujillo, Perú, recibimos las siguientes publicaciones:

Augusto Aguirre Morales: *El pueblo del sol.* Lima. 1927.

Manuel G. Prada: *Páginas libres.* París. 1894.

Rafael Larco H.: *Aprovechamiento de las aguas del subsuelo en la costa del Perú.* Lima 1923.

A. R. Rosenfeld: *La industria azucarera del Perú.* Lima, 1926.

Elis Alvarado Z: *Admoniciones.* Pacasmayo. 1928.

Raf. Larco Herrera: *Civilizaciones de la costa Peruana.* Editorial Rozas. Cuzco, Perú.

Los Nos. 25-26, año IV, de *La Sierra*, órgano de la juventud renovadora andina. Lima, 1929.

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas entregas).

Estampas

El hombre de la rutina contra la inquietud por el hombre nuevo

EN el país se notan diversas inquietudes que van hacia la busca del hombre nuevo. El surgimiento de nuevos problemas y la forma como han sido tratados los que son ya parte de nuestra historia política económica y cultural, mantiene a los hombres en esa preocupación. Dentro del alma de cada cual la inquietud ha nacido espontáneamente.

No se advierte institución o grupo poseídos de afán de renovar los procedimientos con que hasta ahora han tratado los negocios vitales del país los hacendistas, los educadores, los políticos. Hay inconformidad. Se quiere el advenimiento del hombre nuevo.

Y si es saludable la inquietud, también, desorganizada como está, no lleva trazas de ser fecunda. Puede llegar a ser nada más que un punto de comparación ridículo de que se servirá la astucia y la maña para contrastarse y no perder sus relieves engañosos. A la vez entraña el peligro de que en verdad en muchos no sea inquietud honrada y superior, lo que está pugnando por encontrar el hombre nuevo, sino fermento de ambiciones que despuntan, o despun-

taron y fueron abatidas. Por eso la carencia de una fuerza visionaria y pura que vaya diciendo a los hombres del país qué virtudes y capacidades son las que el hombre nuevo debe ir cultivando, significa la amenaza del rayo que fulminará todas las inquietudes. No nos hacemos por lo tanto ilusiones. Creemos en el advenimiento del hombre nuevo. Pero creemos igualmente en la rutina por la cual el hombre de otros tiempos ha venido arreándonos. Es de tal magnitud esa rutina que constituye el obstáculo más formidable opuesto a la transformación de los valores del país.

En la vida de Numa, referida por Plutarco, hay un suceso que es el reflejo claro del hombre público rutinario. Llegan los enviados romanos a ofrecerle en su retiro el reino y responde: «Toda mudanza en el método de vida es peligrosa, y a quien nada le falta de lo que ha menester, ni nada de lo presente le da disgusto, sólo la ignorancia puede moverle y apartarle de aquellas cosas a que está hecho, las que cuando nada más tengan para ser preferidas, en la seguridad a lo menos se aventajan mucho a las que están por ver». Contra principios tales tiene que luchar de una manera implacable la inquietud por el hombre nuevo. Quién sabe si venza, desorganizada como está, sin el sustento de otros principios que puedan penetrar con su luz esa tiniebla milenaria de la rutina. El sanchopancismo del romano ilustre lo ha generalizado la rutina en el refrán de «Más vale malo conocido que bueno por conocer». ¿Para qué mudanzas en la vida de un país si ellas tienen que revelarse contra el capital de afuera, fuertemente consolidado para el dominio conquistador? ¿Para qué mudanzas en el orden edu-

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

cacional, si ellas implican la formación de un tipo diferente de maestro, por un tipo de educador y no de político? ¿Para qué mudanzas en la economía, si ellas pueden desequilibrar un período presidencial? La rutina le ordena al hombre público no apartarse de «aquellas cosas a que está hecho» y a extender por lo mismo su protección resuelta a todo lo existente, sin el menor intento de procurar nada nuevo.

El hombre de la rutina es el obstáculo más grande contra la inquietud por el hombre nuevo. Lo sabe él y está al atisbo de la ocasión que le permita lanzar su condenación contra todos los intentos renovadores. Ve del lado opuesto fuerzas que pueden vencerlo si se encauzan, pero a las cuales desparpajará sonando el cuero de la rutina. Por eso afirmamos que es urgente aunar las inconformidades que el país muestra y darles luz. Sólo esto realizará la aspiración por el hombre nuevo.

De lo contrario nos tocará presenciar el vocerío de los que afirman hoy haber encontrado el hombre nuevo en el político afortunado, en el cultivador de maíz mañana, en el rico indiferente al día siguiente. ¿Cuándo la capacidad para gobernar ha sido virtud que se improvise? Mentira que el trato cerrado con la tierra al procurar holganza económica, procura a la vez el sentido claro del destino de un país. La mente agrícola puede abarcar un grupo de problemas y hasta plantearles soluciones brillantes, pero es una mente de limitaciones profundas y regida por una ley de gravedad fatal que la lleva siempre a partir del surco y a volver al surco. El país será para ella la finca administrada por el sistema de planillas semanales, susceptibles de aumento cuando la recolecta de los frutos y las chapas, de estabilización mínima después de esos menesteres.

No hemos de estar por el advenimiento de las mentes de limitaciones. Porque concebimos al hombre nuevo poseído de un espíritu que trabaja para desentrañar lo que hay de eterno en una patria. El porvenir es para él algo que precisa «actualizar», para usar la fecunda expresión que en boca de Sarmiento pone nuestro don Joaquín García Monge. Trabaja por lo mismo para que los negocios de la nación no se libren por ciclos cortos de una bancarrota y suelten así su prosperidad que nutra las generaciones que van viviéndola, sino para que tomen un rumbo ascendente de luz. El porvenir con sus generaciones es algo sagrado para él. Nada de que ellos deriven su salvación dejara él de vigorizar. Salva la electricidad de las garras esclavizantes, porque las generaciones futuras piden electricidad barata como una necesidad primordial de la existencia. Clama contra la enajenación de las rutas aéreas, porque esas mismas generaciones dicen que sin un cielo libre de zarpas aladas no podrán recibir sol y aire libres. Combate el latifundio, porque sin tierra no hay soberanía. Condena el empréstito exterior, porque él enajena todas las fuentes de vida de un país. Maldice al capital de afuera, por-

que es una fuerza satánica movida contra estos países con ánimo conquistador.

Es profundo el contraste entre los principios que sustenta el hombre de la rutina y los que sustenta el hombre nuevo. Al primero «nada de lo presente le da disgusto». Lo que sí le lleva mortificación es el futuro. En él no piensa nunca, porque lo ve arrojando llamas. Y lo interesante es vivir el presente sin disgusto. Los sucesos de un país pueden irse tratando al día. Cuanto más fugaz sea la solución que se les dé, mejor. El gobierno de un país no tiene unidad alguna. Pueden olvidarse hoy las leyes y las instituciones levantadas con un sentido previsor, si ellas son estorbo para no sentir disgusto por lo presente. Pueden imponerse las leyes más contrarias a un porvenir digno y fecundo, si ellas tienden a proporcionar los medios para un bienestar presente. Lo urgente es que no haya mudanza perturbadora, que los sucesos no obliguen a separarse de la

rutina. Todo esfuerzo por el porvenir está condenado en las actividades del hombre de la rutina. Y el resultado es un adormecimiento de la conciencia del ciudadano.

Es contra esa falta de visión, mal desgraciado de la rutina, contra la que la inquietud por el hombre nuevo ha de alzar con más vigor su demolición. Infundir en el hombre el anhelo por las mudanzas. Decirle que toda esclavitud envilece. Templarle el espíritu para afrontar toda situación que sea la reacción contra el cambio. Llenarlo de luz con que pueda vencer la oscuridad despertada por la multitud de intereses que hiere la mudanza. Sólo un empeño tenaz por no encadenarnos a las comodidades del presente, puede convertir en realidad la inquietud por el hombre nuevo. Pensemos en el porvenir. Defendámoslo resueltamente, invocando para la lucha la iluminación fecunda que ha agitado a los constructores de patria.

Juan del Camino

Cartago y noviembre del 29.

Algo más acerca de la profilaxis propia

Un cambio de rumbos

San José, noviembre 15 de 1929.

Sr. don Raúl Haya de la Torre.

Berlín.

Muy estimado amigo y correligionario:

Fuí de los suyos, cuando a su paso por este país nos estimuló a vincular nuestros esfuerzos de lucha doméstica nacionalista, al magno designio de la integral defensa político-económica, aunada y solidaria en todos los pueblos de nuestra raza indo-latina, según la vienen preconizando los prosélitos de *Apra*.

Recordará usted que ya por el entonces se prestaba al aprismo, en estas latitudes, una fisonomía abiertamente encarada contra los Estados Unidos de Norte América y los avances de su influencia continental. No habrá podido olvidarlo, desde que a ello se debió que usted no fuera recibido, o que fuera expulsado en algunos de estos países del Caribe cuyos gobiernos no pierden ocasión de mostrar su servilismo tropical a la Secretaria de Estado de Wáshington, más allá tal vez de lo que la misma oficina pudiera tener por bien dispuesto con arreglo a sus prestigios y a la dignidad internacional. Usted convino entonces en que se confundían torpe y lamentablemente los fines constructivos de su campaña de legítima defensa intercontinental con un sentimiento de xenofobia o antiyanquismo que no cabía en sus miras ni

en su espíritu. Con tal motivo llegó usted hasta ponderar, entre otras cosas loables de los norteamericanos, la gran corriente de opinión que mueven sus pensadores y hombres influyentes en pro de nuestros fueros atropellados; y nos dijo,—con la pesadumbre que es de suponer,— que sus reivindicaciones raciales habían encontrado mejor ambiente en el ánimo de muchos pseudo-agresores, que en el de los ofendidos.

Esta certidumbre dolorosa, mancomunada con la remembranza de su proscripción, por pocos observadores que fuéramos, habrá de traernos al convencimiento práctico de lo que ya es en mi ánimo como un apotegma de razón, a saber: que si *Apra* quiere alcanzar un éxito seguro y trascendente dentro de los propósitos que persigue, no lo habría de lograr si no es despojándose,—por moral de credo y para levantar su propaganda,—de todo el ritual bélico que hoy parece armarla en pugna pueril contra la fuerza de poderes incontrastables.

Esto no quiere decir que demos por bueno y no estigmaticemos los procedimientos pretorianos de cualquier Estado en detrimento de los nuestros; ni que debamos conformarnos jamás con el relajamiento del derecho, a ningún título ni por ningún motivo. Por sabido tenemos que con *Apra* y sin ella la conciencia universal se revuelve airada contra los desafueros.

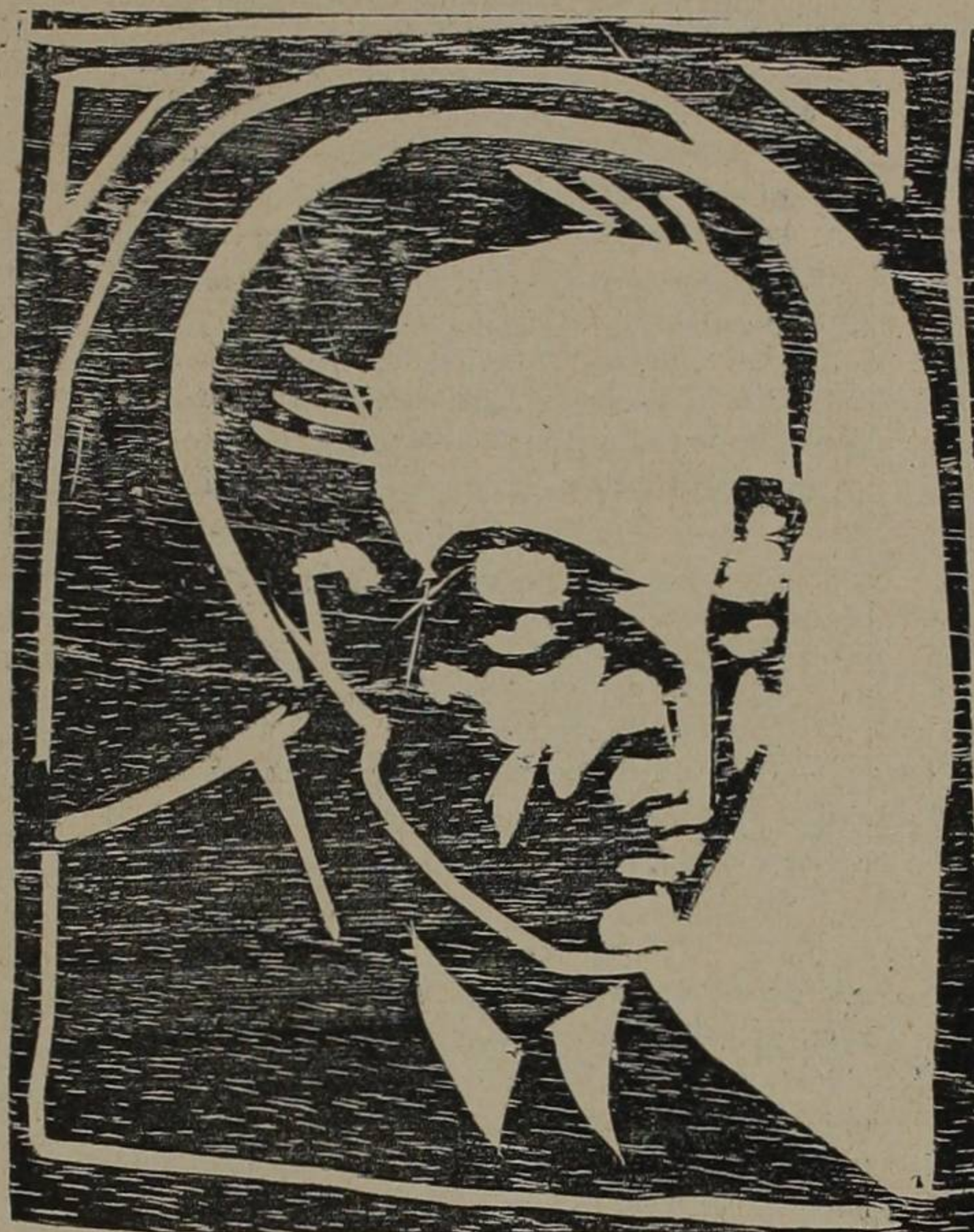
(Pasa a la página 303)

Discos COLUMBIA

Font & Nieto

Heredia, Diciembre 19 de 1926.

Del epistolario de Omar Dengo



Omar Dengo

Madera de T. Quiros

Mi querido Quin: No te he escrito porque he estado bajo la ilusión de ir a ésa a estar contigo siquiera un momento. Remberto también deseaba hacer el viaje. Pero es tan difícil pensar en ello. En cambio, he pensado intensamente en ti y en los tuyos sin cesar y con Tere he rogado por ustedes. No imaginas cuánto hemos sentido tu dolor, cuán profundamente. Por las noches, confiado plenamente en ser oído, he pedido a los protectores invisibles que me lleven a tu lado y que me ayuden a estar en condiciones de compartir en toda su realidad tu angustia. No sé decirte palabras de consuelo. ¿Quién puede decírtelas? Fuera de tu propio corazón, ¿quién puede llamarte al goce sereno de un sentimiento de paz? Fuera de la propia sabiduría de tu destino, ¿quién puede mostrarte la justicia que hay en el dolor? Es duro, es cruel, hablarte en este tono, pero yo debo ser fiel a mi credo y en él encuentro la fe de que el dolor es luz. Ciertamente, a veces nos deslumbra o nos quema, pero no por eso es menos cierto que nos eleva, nos purifica y salda nuestras cuentas de pasadas vidas con lo que, sabiamente, contribuye a prepararnos la alegría y el mérito de las venideras.

Los seres que se aman no se separan nunca, sino aparentemente. En el campo del espíritu se mantienen unidos por sobre la sombra fugaz que la muerte proyecta. Allí, la muerte no existe, y, para los niños que trasponen el umbral, sólo dicha reserva el destino. Además, horas llegarán—ahora lejanas—en que de nuevo, con otros nombres y otras efímeras vestiduras corpóreas, pasemos por el mundo de la mano de los seres queridos. Los dioses te lo dieron y ellos lo han reclamado, una vez que para él y para ti hubo de cesar la unión física. Es decir, te lo dieron en depósito para que cumplieras en él y se cumpliera en él cierta obra espiritual que ya está realizada en ambos, pues él ha realizado también, con ser hijo tuyo, una obra en tu espíritu. Si lloras mucho, si te desesperas, si sufres oscurecimiento de tu visión, todo eso lo afecta a él y puede inducirlo a sufrir. En cambio, si ruegas, si muestras fe y esperanza, si tratas de darle serenidad, si pides a los ángeles y a los protectores que lo amparen, él siente la corriente de amor que tú le envías y ella toma, en el mundo en que él está, la forma de un impulso ascensional que lo auxilia poderosamente en la noble realización de su nuevo estado de conciencia y de vida. Te dije, porque así lo veo en mi interior, que él es el primero en no comprender que el sufrimiento te martirice. Te digo más: él hace lo que puede, dentro de su escasa experiencia del mundo luminoso, por obtener que los seres que lo amparan te amparen también a ti. Quin, él necesita que haya paz en tu corazón y en tu hogar. Lo necesitas tú; lo necesitan Albertina y los otros muchachitos. No olvides, porque encierra verdades profundas, aquello que tantas veces se ha dicho de los «amados de los dioses». No olvides tampoco que a veces los seres más felices, en la realidad íntima del espíritu, son precisamente aquellos a quienes más maltrata el dolor en la realidad exterior del mundo. Ni olvides que dolor sin remordimiento, si todos vierten luz, es, no obstante,

dolor que guarda tesoros de futura gloria espiritual.

Tu telegrama, tu carta, tu pensamiento que llega a mí, todo eso me atormenta, pues querría ser fuertemente capaz de poner en tu mente la vibración de una fe inmensa en la superior bondad de la vida. Querría que, como en aquella narración, la estrella de Jesús, posada como ave divina sobre tu hogar, atrajera a él las ofrendas y los cánticos de aquella paz que es sabiduría.

Te estrecho contra mi corazón de hermano,

(A José T. Salas Pérez)

Heredia, abril de 1927.

Tengo el gusto, estimado Joaquín, de referirme a tu carta y a tu hoja, tan gratas ambas, tan generosa la primera y tan interesante la segunda. Muchas gracias por lo que, para honrarme, concientes en decir.

Pero tendrás que excusarme. De esto, preferiría conversar a escribir. Para escribir tendría que ocupar mucho tiempo y mucho espacio; y, además, no haría tanto como externar un parecer, sino que comentaría los tuyos, en los cuales encuentro tanto conocimiento de la materia, tanta facilidad para analizar las ideas y para expresarlas galanamente y con la fogosidad de un digno nieto de un ilustre abuelo.

Mi parecer no merece la pena—mal barítono y peor actor—de ser oído. No entiendo, por añadidura, de asuntos legales, a pesar de que pasé por nuestra Escuela de Derecho y estudié allí, tan mal como solían enseñarlo, lo que querían enseñar: la ley más que el Derecho. Y de la historia de nuestro país sin historia, apenas si algo voy aprendiendo. Supongo que, doctrinas republicanas y democráticas aparte, hay reelecciones buenas, malas y mixtas,—según clasificación y lógica de Pero Grullo; como supongo que no sea fácilmente conciliable tal materia con las actuales realidades sociales,

que no obedecen a códigos ni a pre-conceptos de cuerpo doctrinario. Sociológicamente—no digo jurídicamente—¿qué sería la soberanía popular?

Supongo que lo temible está en las reelecciones que podrían resultar reincidencias.

En el caso de lo que ahora preocupa la imaginación de un señor *Portuguez*, creo que tú has dicho muy bien lo esencial, sin comprometer tu «exaltada» admiración a don Ricardo.

¿Qué entre yo a hacer fila entre los combatientes de un partido político? No, Joaquincito; y de ello alguna vez hablaremos. Tengo muchos temores de los que tú tienes, pero no bastan a moverme. Saldría de mi rincón a encontrar sólo amarguras y ningún servicio prestaría. Para servirle a mi país, me basta el cultivo asiduo de este lote en que planté la tienda. Y he puesto en lo alto de ésta una bandera que me parece que está a mayor altura, por la esperanza que simboliza, de los *vivas* que pegan los políticos en las puertas.

La mano agradecida de,

(A J. Fernández Montúfar)

Heredia, abril 11 de 1926.

Me es grato referirme, estimado don Joaquín, a la carta de usted en que me invita para presenciar las experiencias sobre psicoanálisis. Le agradezco la invitación y le manifiesto que la acepto

como una oportunidad para mirar de cerca esos trabajos que, en efecto, me causan preocupaciones. Pero, no obstante, no podré asistir a la reunión preliminar, a causa de la hora. Si las posteriores hubieran de ser a esa hora o por las noches, también encontraría obstáculos, pero haría todo esfuerzo por cumplir.

Quizás sea pertinente el ruego de que en la reunión preliminar, si cabe, si no ha de parecer inmodesto, se sirva externar de mi parte, la opinión de que el comité señalado a lo sumo podría ocuparse de servir de medio para garantizar que el experimentador es, si lo es, un experimentador serio. Juzgo que esta sería la actitud más prudente y la que reuniría las mejores condiciones para establecer una discreta conciliación de criterios. La psicoanálisis me ha interesado como capítulo de la psicología general, como método de exploración de la subconciencia y por las proyecciones que autores como Bovet y Pfister le han buscado en el campo educacional. Por aparte, como estudiante de ocultismo, me ha interesado en otros aspectos. De suerte que, siquiera modestamente, he podido apreciar la posición que en conjunto ocupa en el mundo del pensamiento y ello me conduce a creer que el camino prudente es el indicado, ya que él deja en cada caso a los miembros de la comisión en libertad de formarse su criterio sobre los fundamentos científicos, y los alcances filosóficos. La discusión de escuelas, (Freud y Jung, etc.) la actitud de la ciencia francesa, en cuanto la expresan Regis y Blondel, por ejemplo, las posibilidades de exageración a que la psicoanálisis se presta, etc., son indicios de que en el caso de un tribunal, parece aconsejada la actitud de observación tan impersonal como sea posible.

Si la posición que me permito sugerir mereciera el honor de la simpatía de las personas que asistirán a la reunión preliminar, creo que sería fácil llegar a un acuerdo acerca de

un posible plan de observación, pero en ese aspecto como en todos, lo más grato para mí sería someterme a la opinión de los compañeros.

Le agradeceré que me informe del resultado y que se sirva presentar, con mis agradecimientos, mis excusas.

Lo saluda afectuosamente,

P. S.—Don Joaquín. He de advertir que si no se trata exclusivamente de psicoanálisis sino, en general, de sugestión y autosugestión, no encontraría yo especiales razones para variar de actitud.—Vale.

(A J. García Monge.)

Heredia, Oct. 31 de 1925

Sé muy bien, mi estimado don Emilio, que su expresión de condolencia es sincera. Pero aun siendo sólo obra de cortesía, se la agradecería yo cordial y profundamente. Tengo, desde que yo era un niño, una grata impresión de Ud. Más tarde aprendí a admirarlo. Sus palabras, pues, tienen para mí especial significación.

Entiendo que más de una vez ha sabido usted que siempre he estado agradecido por los excelentes servicios que Ud. le ha prestado y le presta a la Escuela Normal. Es algo que hemos comentado frecuentemente con los alumnos, porque en más de un aspecto tiene para ellos y para todos el sentido de un ejemplo admirable. Hace Ud. lo que no hacen muchos costarricenses radicados en ese, y en otros países, y que viven en condiciones que podríamos obligarlos a interesarse de algún modo por los asuntos de éste. Varias veces, en tiempos recientes, tuve ocasión de comentar con mi padre tal situación.

Perdóneme el que en una carta de esta índole y animado por la atrayente confianza que Ud. inspira, me permita hacerle un ruego.

Tengo la impresión, además, de que Ud. trabaja en relación con actividades dentro de las cuales cabe la gestión a que me refiero.

Quiero adquirir para la próxima navidad varios juguetes para mis niños y temo que no haya ocasión ya de pedirlos; aparte de que no sé, por falta de direcciones, cómo hacerlo.

Los juguetes son: un mecano o juego de construcción mecánica, del tipo del que los magazines anuncian a veces con el nombre de *Erector*, de un valor aproximado de \$ 5.00, pues lo deseo de buena calidad y para un niño que revela aptitudes mecánicas; un trencito eléctrico, pero no de los que funcionan con la corriente común; un *scooter* de pie, llanta de hule, para un niño de tres años. Puedo dispo-

NUEVA PUBLICACIÓN

Acaba de aparecer la 2.^a edición de la *Historia del Derecho* del Licenciado don Alberto Brenes Córdoba, ampliada y puesta al día.

De venta en las librerías Trejos, Lehmann y Alsina, y en la tipografía «Gutenberg».

Precio para el exterior: \$ 2.50 oro am. Diríjase al Adr. del *Rep Am.* Correos: Apartado Letra X. San José, Costa Rica.

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Derecho Civil:

Tratado de las Personas.

Tratado de los Bienes

Tratado de las Obligaciones y Contratos.

Los 3 tomos, \$ 25.00
Para el exterior, \$ 7.00 oro am.

ner para esa compra, sin incluir fletes, comisión, etc., de una suma no mayor de \$ 15.00.

Pero es entendido que Ud. no debe sentirse obligado en ninguna forma a hacer la gestión y que si no pudiera o no creyere conveniente hacerla, no por eso me resentiría yo. Mi estimación no puede depender de circunstancias semejantes. Si me haría un servicio especial si, en el caso de no poder atenderme, se sirviera avisármelo a vuelta de correo. Es entendido que la suma total que Ud. indicara, se la enviaría apenas recibiera su indicación.

Es posible que esta oportunidad nos acerque más, lo que me agradaría mucho, especialmente si tal acercamiento diera lugar a que en algo le sirviera su agradecido y affmo. servidor,

(A Emilio Artavia, en Nueva York.)

San José, En. de 1926

Muy estimado don Emilio:

Recibí su estimable carta antes que la cuenta. Vuelvo a darle las gracias. Pero tengo algo que decirle acerca de mi cuenta personal (de \$ 1.41) y de otro asunto. Como Ud. recordará, hace algún tiempo le escribí para decirle que esa cuenta se la pagaría como parte de un pedido que pensaba encargarle para navidad. Me dí cuenta después de que no había tiempo de hacer el pedido y esperé otra oportunidad: ésta. Ocurre que necesito un cochecillo para una niña que tiene ahora 4 meses, adaptable

a las conveniencias de *llevarla a pasear* o dejarla, dentro de la casa, *dormir en él*. Tales cochecillos valen aquí \$ 200 y 300 y se me ocurre que Ud. puede conseguirme uno—aunque la apariencia sea modesta—por \$ 10 o \$ 12. *Si esto es posible, hágame el servicio de enviarme un cochecito tan pronto como le sea dable*. A vuelta de correo le enviaré el valor respectivo más la pequeña suma adeudada.

El otro asunto es el siguiente: mi situación pecuniaria es, en general mala, pues mi sueldo apenas me permite pasar y no tengo dentro de la enseñanza posibilidades de mejorarlo; no quiero tampoco dejarlo para tomar mi otro camino, el de la abogacía, pues no me satisface íntimamente ese camino, ni el corazón me deja apartarme de la enseñanza, donde hay tanto que hacer todavía, a pesar de las dificultades. La política no es mi camino y, a pesar de que se me estima, no tengo aquí el apoyo de nadie para pensar en una obra sinceramente inspirada en principios. Lamento ahora no haberme encontrado oportunamente en condiciones de aprender un oficio y estoy pensando en adquirir uno que podría ayudarme modestamente, pues sólo aspiro a obtener una modesta entrada que contribuya a evitarme los riesgos de mantener mi presupuesto desequilibrado. Quizás un taller de fotograbado me ayudaría y me daría la base para el posible aprendizaje de alguno de mis hijos. Aquí hay más trabajo de esa clase cada día, lo pagan bien y solamente dos talleres trabajan (Baixench y Canossa) ambos, a lo que entiendo, con procedimientos que ya son anticuados. Usted recibe nuestros periódicos y revistas y ve lo que se hace y lo que no se hace. Supongo que caben en nuestro ambiente muchos progresos siquiera modestos. Usted conoce esos oficios y puede aconsejarme sobre la posibilidad de hacer un ensayo en el caso de que el asunto *exija solamente medios mecánicos*. Usted puede aconsejarme acerca de máquinas, precios, materiales, libros para estudiar o cursos por correspondencia si los hay; y más adelante, si así conviene a usted, podría ayudarme a hacer las compras, etc.

Sé que sus ocupaciones difícilmente le dejarán alguna ocasión de pensar en el problema, pero confío en que su benevolencia lo moverá alguna vez a interesarse en esta situación de su amigo. Podría pensar también, pues el asunto me atrae mucho, en máquinas de encuadernar (empastar), de fabricar sellos de hule, de imprimir tarjetas, etc.

Permitame concluir con la afirmación de que recurro a Ud. porque aprecio el hecho de que es una persona que sabe realmente cuál es y cuán amargo el significado de la lucha de un hombre honrado contra un ambiente como el nuestro.

Lo saluda con toda estimación su agradecido servidor y affmo. amigo

(A Emilio Artavia)

Heredia, 21 de febrero de 1928

Muy distinguido amigo:

Me agrada mucho referirme a su carta del 29 de Enero, llegada a Heredia mientras estaba yo en el campo. Ya hemos comenzado a ensayar el polígrafo, con resultado satisfactorio. Más adelante recurriremos a su amabilidad con alguna nueva molestia.

He conversado con Guerrero acerca de las interesantes y generosas insinuaciones de Ud. Él tiene en prensa un folleto sobre la situa-

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

SAN JOSÉ, COSTA RICA

PLENA GARANTÍA DEL ESTADO

Seguros sobre la vida-Incendio-Accidentes
del Trabajo-Transportes Marítimos

Capital.....	₡ 4,000.000.00
Reservas diversas al 31 de Octubre, 1929.	3,351.406.83
Pólizas en vigor a la misma fecha.	₡ 78,823.994.58

ción del país en cuanto a analfabetismo y entiendo que una vez editado se servirá de la amabilidad de Ud. para hacer circular algunos ejemplares en los E. E. U. U., por aparte de los que envíe a ciertos centros oficiales. Es de aplaudir su interés en esos problemas que aquí no consiguen preocupar seriamente ni a los que aparecen como «hombres de Estado». En el estudio, serio y sincero, de Guerrero, usted encontrará números halagüeños para el orgullo nacional y que en cierta medida revelan progreso y capacidad de obtenerlo en mayor grado. Pero en la contraparte invisible de los números residen dolorosas realidades contra las cuales no se aprecia intento alguno de reacción eficaz. Gran parte—inmensa, mejor dicho—del alfabetismo no va más allá de una rudimentaria preparación para firmar, en la cual no hay el sustento que una ciudadanía consciente necesita. Es claro que, a pesar de tal realidad, la comparación con Nicaragua o con Honduras nos honra. Y por fortuna, para que podamos, como debemos, conservar y enriquecer las esperanzas, no hay modo de hacer un censo que determine la intensidad de la aptitud moral colectiva para la vida noblemente civilizada. Veré con mucho gusto los periódicos que me indica.

Lo saluda afectuosamente, con agradecimiento, su amigo y servidor,

Carta para Octavio Jiménez

HACE hoy un año, muy querido Octavio —que en un salón del Colonial Inn, en Concordia, comentábamos nuestra visita de la tarde a la tumba de Emerson. ¿Recuerda que esa noche conocimos la nieve? La conversación, cargada de saudades que eran como inciensos, nos rodeaba de la solemnidad de un templo. Había en nuestro desasosiego y en nuestra tristeza, una aspiración vehemente de cosas eternas.

Salimos como a las ocho a buscar la biblioteca que guarda los manuscritos de Emerson. Concordia bajo sus pinos se estremecía, como ahora nuestra ciudad, con el regocijo de la Noche Buena. Concordia, crecida en nobles heroicidades, no nos interesaba, sin embargo, ni por su vida de aquella noche, ni por la gloria de su tradición. Nuestros ojos buscaban por sobre la multitud, cielos y estrellas. En el oído, ritmos del mar que acabábamos de cruzar. Ha sido una de las noches en que hemos sentido que cada sér humano trae consigo una nueva visión del Universo. *The soul reveals its own truths*. Esa era nuestra glosa al poema de la noche Apretado el corazón por amor de peregrinaje espiritual, florecían en los labios las palabras más sutiles.

En la biblioteca, ante la estatua del grande hombre, yo sentí deseo de decir la plegaria de Renán. No sé si allí se rompió su abstracción. Sí la mía. Alguien nos miraba desde los pupitres. Sorprendí al buscar los ojos, un incendio de alma.

La señorita que miraba, apenas pudo ocultar tras la mano enguantada de gris, un gesto de desesperanza. Sentí que toda una vida refugiaba su angustia en el cuenco de la mano enguantada.

Ese sencillo gesto, que era una novela, me puso en contacto con la vida de la pequeña ciudad. Salimos a la calle. Compramos libros y juguetes, un muñequillo

de los de Rose Mc. Klein, un diario de bolsillo... En el mío sólo una página ha sido escrita. Habla de aquel viejo que nos guió hasta el Cementerio...

Emerson ha cobrado dueñanza de su hondo amor de belleza, querido amigo. Usted derrama oro que viene de allí. Los cuentos que le han premiado, expresan un verbo de trascendente sentido. Sencilla la estructura, como la de las hojas de laurel, ciñe conceptos amados de la gloria. No hay máculas de insinceridad en la túnica de su idea. Ahora, cuando place el cuento de salón, presumido de psicologías artificiosas, conviene que el suyo, hijo de más nobles entrañas, nos traiga la reminiscencia y así el encanto de la página de Ruskin. Es siempre la presencia del valor que

Emerson entendió como unidad de vida, aunque más cercano a la inmediata realidad.

Ahora vive usted cerca del mar, y allí la ola difluye, en una constante meditación de ritmos, el color de infinito de que se tiñe la vida a través del cuento que la mira desde ella misma. No desde los hombres, porque éstos sólo son las formas de que se recubren ciertas ideas del Alma Suprema. Los hombres no existen en verdad. Son personajes o moldes. La humanidad viene a ser cosa así como una filosofía, optimista o pesimista. De ahí que valgan más los hombres que más pensaron y más sintieron. Son las más altas, las más bellas, las más profundas Ideas.

Diciembre 23 de 1916.

Carta abierta a José Vasconcelos

Panamá, octubre 24 de 1929

Señor Licenciado
Don José Vasconcelos.
Maestro de la Juventud Hispano Americana y
Maestro Predilecto de la *Sociedad Camena*.

Querido Maestro:

Nueva en la *Sociedad Camena*, nueva en su dirección, parecerá como que nada supiera de su personalidad y no me llevara a usted otra cosa que la curiosidad o la admiración que por la América toda, llevan sus simpatizadores; pero, no es así: La *Sociedad Camena*, guarda en sus tradiciones el recuerdo imborrable de sus simpatías, de su decidida cooperación a la obra redentora que es en Panamá la emprendida por nuestros benefactores, doña Julia Palau de Gámez y Manuel V. Garrido C. al fundar los Talleres escuelas, donde recibimos las hijas del pueblo educación e instrucción.

La *Sociedad Camena*, la segunda entidad estudiantil de América que le aclamó a usted Maestro Predilecto, la que llevó a la Federación estudiantil Panameña, esa proclamación que se hizo americana, no olvida sus bondades, la forma generosa y espontánea con que contribuyó a la formación y engrandecimiento de nuestra Biblioteca, que fué la primera escolar, de importancia en Panamá y, sobre todo, su acendrado hispano-americanismo que le grangeó la admiración de América y el cariño de la juventud panameña, más que otra amenazada.

Ahora, querido maestro, cuando parece que el pueblo de México en su gran mayoría, aspira al alto honor de ser presidido por uno de los más grandes americanos; cuando los países latino-americanos, ven la posibilidad de que un ciudadano del Continente de Colón sea Jefe del País de avanzada, del México, para todos caro, valiente y abnegado centinela de la raza, la *Sociedad Camena*, quiere llevarle su palabra de adhesión, su voz de aliento, y aunque mujeres, jóvenes y humildes, queremos significar nuestra alegría por el cercano triunfo cívico que el porvenir, sin duda

le depara y decirle: «Maestro, la Juventud hispanoamericana, la juventud panameña, y especialmente la *Sociedad Camena*, están con usted en la hora de prueba, lo estarán en su cercano triunfo y siempre, listos a combatir en el campo de la idea, por el engrandecimiento de la raza latina, la libertad de América y la confraternidad a base de equidad y de justicia.

Salud y Victoria.»

De ustedes adictas amigas y discípulas respetuosas.

Por la *Sociedad Camena*.

Talleres escuelas para Mujeres.

La Presidenta
Mercedes Gómez

Panamá, octubre 24 de 1929

Señor
Don J. García Monge.
Director de *Repertorio Americano*

Señor y amigo:

He leído con delectación la excitativa de *Repertorio* para que sus «amigos de América» hagan pública manifestación de simpatía por el ilustre educador y notable hombre de América *José Vasconcelos*; y, ¿por qué no acudir presurosos a ese llamamiento? ¿Qué causa más justa, ni que exaltación más merecida que la que se desea para el gran hispano-americanista?

Mis ideales han coincidido casi siempre con los del grande hombre, mis aspiraciones como educadora y mis preocupaciones como hispano-americana, me atraen constantemente hacia el idealista que enarbola la bandera de la raza en lo más empinado de la espiritualidad continental; ¿por qué entonces, demorar cuando llama *Repertorio Americano*, a lo que todos debiéramos haber hecho sin estímulo ni llamamiento?

Quiero pues, responder por mi parte y aunar mi voz a la poderosa y de inmenso prestigio de *Repertorio Americano*, para excitar a todos los que aman la tierra colombiana, a los amantes de la libertad, a los que aspiran a la unidad racial y al engrandecimiento de los pueblos hispanos, a que ofrezcan el tributo de admiración, cariño y solidaridad al ilustre guía, cuando en la balanza de la opinión mexicana debe medirse la rata de estimación que el pueblo hermano otorga a uno de los más ilustres de sus grandes hijos.

La *Sociedad Camena*, de la cual Vasconcelos es Maestro Predilecto, se dirige a él en carta abierta que le envió.

Reciba usted la expresión de mi sincero aprecio y créame amiga y servidora

Julia Palau de Gámez
Directora de Talleres escuelas para Mujeres
Panamá.—R. P.

Oriente y Occidente

El nacionalismo de Rabindranath Tagore

= De La Nación. Buenos Aires =

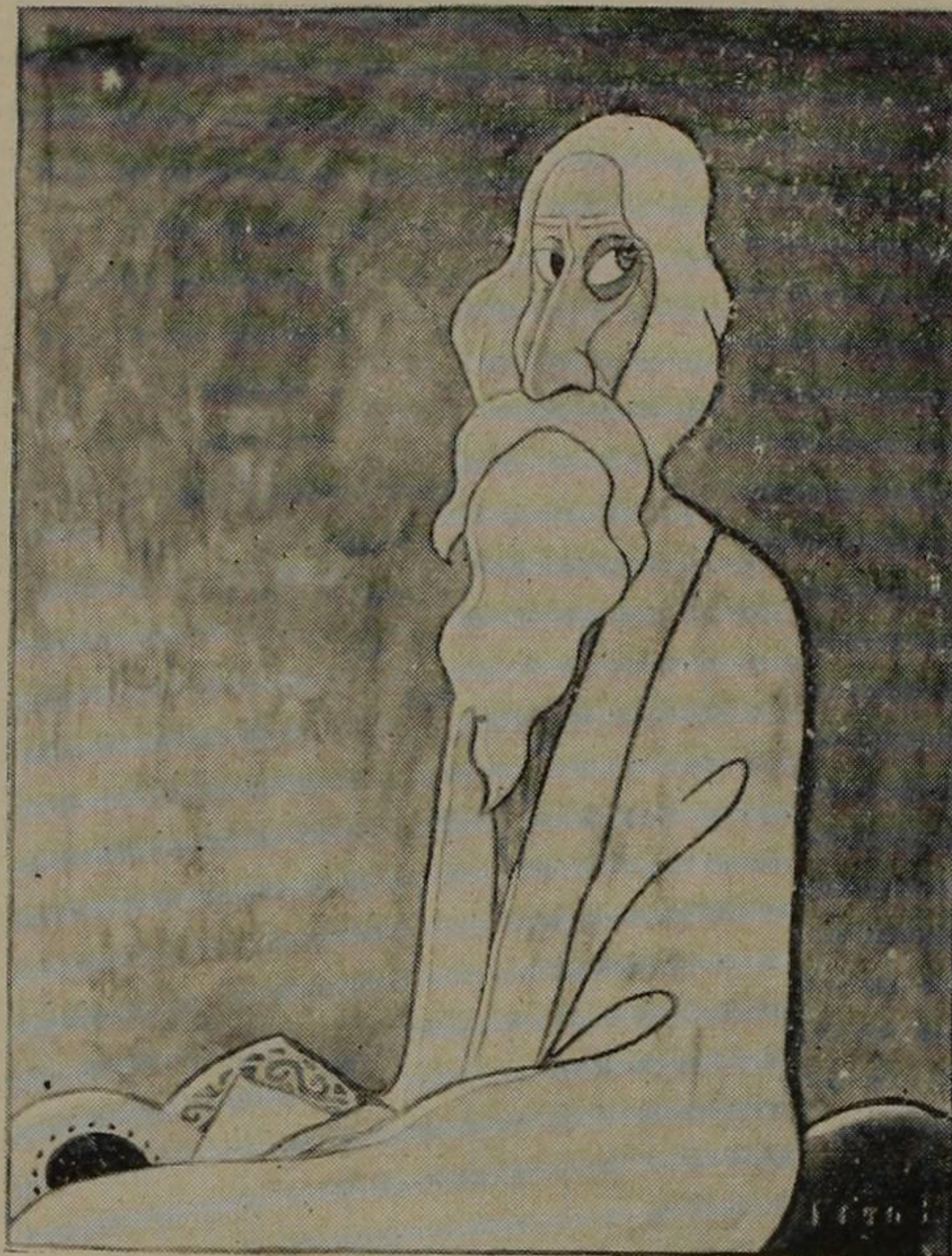
II

LA India, según Tagore, no es nación, en el sentido atribuido a esta palabra por los pueblos europeos. Ni se alivia ni cree que una sociedad, por el hecho de perseguir fines particulares, pueda ponerse por encima de los ideales de la humanidad. Desde hace cinco siglos, se ha empeñado en vivir en paz, sin política, sin nacionalismo, en dulce relación con el mundo circunstante, humilde, benévola y serena.

Una transformación, un descamino le sería peligroso, porque su misión en el mundo no es de orden político sino social. Los partidos, como el de la independencia, divididos y subdivididos, el Congreso nacional, se inspiran no en la situación del país, sino en la historia de Occidente. Creen y sostienen que la India está aparejada para dirigir su actividad en un sentido estrechamente político, porque ha desarrollado ya su ideal social. Olvidan que el país es múltiple por naturaleza y que sólo por casualidad es uno. La muchedumbre de poblaciones, la división de castas, lo enflaquecen y lo hacen incapaz de luchar con otros Estados, de defender la autonomía y la unión. Si se marchan los ingleses, exclama el poeta melancólico, seremos víctimas de otras naciones. Sonríe al leer que los patriotas comparan la situación de la península con la de Suiza, modelo de pueblos federados.

Donde no se mezclan las razas, donde se levantan entre ellas barreras infranqueables, no cabe unidad ni cooperación ni armonía. Tagore moteja una situación gracias a la cual se conservan formas muertas, la dureza de corazón que impone ostracismo a millones de hombres, los declara polutos y proscriptos. El aguija a sus conterráneos para que luchen contra anacronismos que inficionan el presente y derriben el tradicional sistema de castas. Para excusar a su país, explica que convivieron en su territorio, desde los orígenes de su historia, numerosas razas, y que la India toleró esa variedad en vez de destruir la población autóctona, como lo hicieron los conquistadores ingleses en la América y Australia. Puso su conato en establecer una asociación singular, el Hinduísmo que, en realidad, significa estados y pueblos unidos, castas mantenidas en paz. Olvidó un hecho capital: que las diferencias entre los hombres no son montañas persistentes y que el cambio es la ley de la vida. Conquistó tranquilidad y orden, y se opuso al libre movimiento, a un generoso intercambio.

Cuando reflexiona sobre el futuro de Asia, Tagore piensa en el Japón, que puede servir de adelantado y de adalid a sus hermanos orientales. Él se ha trasmutado y progresa a la manera europea. Con la voz de sus cañones tonantes apareció, hace más de cincuenta años, el Occidente agresivo en los puertos del Japón, y dirigiéndose a él, exclamó: «serás una nación». ¿Qué significa, en rea-

El Tagore
Caricatura de Massagner.

lidad, constituir una nación moderna? Hijo del viejo Oriente, el Japón no se ciñe a imitar, ha pedido a Europa alimentos pero no órganos de vida, es al mismo tiempo antiguo y moderno. Como la flor del loto, es gracioso y libre en sus movimientos y penetra con sus raíces en la tierra profunda. Nadie puede decir que haya renegado de la cultura asiática, la cual impone a los hombres como deber el buscar en sí mismos, en el hondón de sus almas, la fuerza y la riqueza verdaderas.

Sin embargo, el noble poeta, que ha visitado en varias ocasiones el Reino transformado, teme que se deje ganar por apariencias y copie modelos ilusivos hasta aceptar una esclavitud espiritual, poner su orgullo en la sumisión y convertirse en máquina que engendra poder y bienes positivos. El Asia entera espera reformas saludables de la evolución japonesa. En nombre de ella, el pueblo remozado parece destinado a contestar las interrogaciones planteadas por la civilización moderna, llevar sentimientos humanos adonde reinan fríos cálculos. A tantos conflictos no resueltos todavía puede ofrecer solución original, a la oposición entre el Estado y el individuo, el egoísmo de las naciones y las generosas aspiraciones de la humanidad, el capitalismo y el trabajo, el combate de los sexos, el antagonismo entre la titánica organización de la industria y el instinto natural de los individuos que

buscan sosiego, belleza y simplicidad.

Para ello necesita conservar el sentido oriental de las cosas, ufanarse de su energía espiritual, ennoblecer las preocupaciones de otros pueblos y abrir nuevos caminos para los carros del progreso, pesados y chirriantes, inseguros. Felizmente, esa nación que parece europeizada, no ha bebido todavía «el elixir de la muerte moral». Sabe que la verdadera riqueza no está en las cosas ni reside la verdadera fuerza en las armas sino en el hombre que usa de unas y otras. Forma siempre una gran familia unida por la benevolencia búdica, *maitri*, en la que el emperador es el padre de todos. Podrá salvarse, conservar su código preciso, el bushido, y prosperar, mientras imite lo exterior en la civilización occidental pero no sus instintos profundos. Recordará seguramente que sólo la respetó Europa y discutió con ella en pie de igualdad cuando se convenció de que ella también tenía llaves para abrir las esclusas del infierno y cubrir la tierra de aguas envenenadas.

El error del Asia estriba en considerar las doctrinas de Occidente como evangelio y creer que la libertad política es sinónimo de independencia positiva. En verdad, explica el poeta, la libertad verdadera es de orden espiritual. En las tierras que se consideran libres no lo es la mayoría de la nación. Una minoría despótica la incita hacia determinados fines. El país granjea poder y riqueza y vive en la esclavitud.

Imaginemos que el Japón cede, que llega a desviarlo Europa con halagos y promesas. A fin de libertar al Asia, Tagore pone su esperanza en Estados Unidos. Ellos representan el futuro, para él trabajan con soberano tesón. Mientras que Europa se haya gobernada por convenciones y hábitos, ellos, libres y audaces, se sienten capacitados para realizar en la tierra una divina esperanza.

Europa enferma, contribulada; América optimista. Se complace en notar este contraste el dulce poeta y espera de la intervención de los norteamericanos la justificación de Asia y de sus aspiraciones ante el Viejo Mundo escéptico que ha perdido la fe en los más altos valores humanos. Esta nación desinteresada, movida por ingenuo y viril entusiasmo, contribuyó en otra época el desenvolvimiento del Japón, cuando éste pedía inspiraciones a la cultura occidental, y hoy sostiene a la China en su presente crisis moral y material.

Podemos emparejar la misión actual de los Estados Unidos y de la India. Los norteamericanos cierran sus puertas al extranjero invasor o lo reducen a la condición de esclavo. El negro es allí «intocable», chandala, la última de las castas como en la India. Estos dos grandes pueblos injustos deben asociar a agentes separadas, establecer armonía donde reina atroz división.

(Pasa a la página 298.)

BERNARD Shaw ha estrenado recientemente una comedia en Varsovia: *El carro de manzanas*, de la cual ya han hablado casi todos los diarios de Europa. No conozco aún la comedia, pero ¡qué buena ocasión para hablar de Bernard Shaw! ¿Existe un «caso» parecido al de Shaw en este caótico mundo de la post-guerra? ¿Ha habido un satírico más corrosivo y demoledor en la literatura inglesa desde Swift? Y lo asombroso en Shaw es que su edad avanzada—setenta y tantos años—y su barba blanca lejos de atenuar esa risa mefistofélica han aumentado su irrespetuosa hilaridad cuando contempla a los hombres y analiza los problemas de nuestros tiempos. Pero ¿qué tiempo es el de Shaw, que parece hoy más joven que ayer? No sabemos de ningún otro autor de la antigüedad que siga siendo tan moderno, tan lleno de vida y de fuerza intelectual. Mientras sus contemporáneos de la literatura pasaron casi todos a mejor vida y al cementerio de las antologías, Bernard Shaw sigue en pie respetado por las nuevas generaciones. Inglaterra olvidó al fin sus ataques violentos, sus sarcasmos crueles y sus burlas incesantes, que en una época indignaban mucho a los patriotas exaltados. Hasta el puritanismo anglo-sajón, tantas veces ridiculizado por el temible iconoclasta, ya no se atreve ni a protestar contra las ironías que le lanza todavía Shaw.

Bernard Shaw

Superhombre intelectual

=De *La Nación*. Buenos Aires.=

I



Shaw
Caricatura de Massaguer.

Ahora Shaw tiene en las letras no pocos discípulos de mentalidad revolucionaria que también arrojan piedras a cuanto subsiste de la llamada «era victoriana». Aunque se sonría al ver los frutos de su infatigable propaganda, Shaw no por eso depone las armas. Al contrario, sigue en pie con su piqueta demoledora en forma de «prefacios» disolventes y de comedias satíricas. Después de haber sido predicador y moralista a contrapelo, Shaw se ha metido a profeta social. De lo que dice, piensa y hace, la prensa del mundo entero se encarga de tenernos al corriente, y el último chiste de Shaw es telegrafiado con urgencia por las agencias periodísticas. Sabemos lo que escribe Shaw y de lo que se alimenta Shaw, el cual no prueba el vino desde hace años y sigue un régimen vegetariano. Antes era Shaw una gloria del moderno teatro inglés; ahora es algo más: una celebridad universal. Desde la gran guerra que echó a la fosa del olvido tantas reputaciones más o menos legítimas, la figura del anciano y siempre juvenil Bernard Shaw ha crecido en interés y fama. El premio Nobel, las traducciones de sus obras dramáticas, la divulgación tardía en casi todos los idiomas de sus ideas artísticas, políticas y sociales, han contribuido a esta ascensión de su astro literario. Diríase que el talento genial de Shaw, lejos de amenguarse con los años, halló el secreto de Fausto o un nuevo Dr. Voronoff capaz de renovar las inteligencias en su ocaso.

El estreno de *Santa Juana* fué la revelación de este milagro, aún cuando el Shaw incorregible asomaba la oreja en el último cuadro. Shaw al poco tiempo publicaba una *Guía del Socialismo para la mujer inteligente*. Más tarde producía estupor y pánico entre los elementos intelectuales avanzados, adictos suyos, declarándose admirador de Mussolini y del fascismo italiano. ¡Y qué risa debió causarle a Bernard Shaw esta polvareda absurda en torno a sus declaraciones! ¿Acaso no es muy característico de Shaw el provocar sorpresa, irritación, desconcierto o bien aplausos y risas entre sus espectadores? Lo que no quiere Shaw es que el público le escuche indiferente. Lo que no admite es que el mundo se olvide de su importante personalidad. Recordemos que la obra del famoso autor dramático irlandés, tan destructiva bajo varios aspectos, es constructiva en lo que se refiere al pedestal de Shaw. Toda la vida se la ha pasado Shaw haciéndole el reclamo a Shaw. Hoy, al cabo de los años, al fin recoge éste los frutos de sus campañas ruidosas y ya no necesita hablar tanto de sí mismo, porque el mundo entero lo conoce y se preocupa de él como de una de sus criaturas predilectas. Shaw puede ahora escribir o decir lo que quiera, publicar las mayores herejías sin que nadie en Inglaterra se atreva a excomulgarle ni exigir represalias de la autoridad. El genio político del Estado inglés no sería tan agudo si desconociese el valor inter-

nacional de un Bernard Shaw, nacido en sus islas. Y por eso el Imperio Británico tiene para este incorregible «enfant terrible» de Irlanda una sonrisa tolerante de antiguo monarca absoluto al cual hicieran reír las impertinentes gracias de su bufón.

Lo que ha salvado la piel de Shaw, antes de llegar a su apotheosis literaria, librándole de las venganzas colectivas, es que durante muchos años el ingenuo público británico no estaba muy seguro de su sinceridad. Un hombre que hacía tales chistes sobre las ideas más sagradas tenía que ser forzosamente un alegre bromista. Aun así, las bromas de Shaw sobre todos los dogmas de aquella su primera época, provocaban espontáneamente risas involuntarias, pero en seguida también una irreprimible irritación. Es el efecto que producen al lector los prefacios y comedias de Shaw cuando hieren sus profundas convicciones. Conviene, además, hacerse cargo que Shaw nació a la vida literaria en las postrimerías de la larga «era victoriana». Los primeros albores de su ruidosa celebridad datan de 1892 a 1895, en el que ya se ha cerrado el «período estético», cuyo grupo de artistas y escritores encarna Oscar Wilde. Es la época en que éste estrena en los teatros de Londres sus brillantes comedias y se halla en el apogeo de su gloria. El espíritu sagaz de Shaw vió lo que había de nuevo

y de profundo bajo su aparente frivolidad, en el ingenio de Oscar Wilde, irlandés como él mismo. Desde las columnas de la *Saturday Review*, donde oficiaba de crítico dramático amedrentando a los anticuados ídolos del teatro inglés con sus vapuleos, Shaw se volvía contra la incomprensión de los otros críticos diciendo: «Yo soy, por lo visto el único hombre en Londres incapaz de escribir una comedia como las de Mr. Oscar Wilde». Lo cual subraya la difícil facilidad de esas obras teatrales.

Otro juicio de Shaw sobre el autor de *Salomé* merece registrarse: «Mr. Wilde es el archiartista porque es tan colosalmente perezoso». Y ya sabemos el comentario mordaz de Wilde respecto a Shaw: «Tiene muchos enemigos, pero el caso es que sus amigos tampoco sienten por él afecto alguno». Bromas o epigramas aparte, no es dudoso que si Wilde y Shaw no intimaron nunca, ni sintieron entre sí la menor cordialidad, ambos apreciaron mutuamente el respectivo talento del otro. Según parece, Oscar Wilde escribió su ensayo *El alma del hombre bajo el socialismo* al iniciarse en la ideología política de Bernard Shaw. Y no es dudoso que éste observara los efectos del ingenio de Wilde en la escena inglesa, así como su celebridad debida a su impertinente «pose», a sus paradojas, a su constante actitud de zaherir a la opinión pública. Shaw, crítico dramático entonces y aprendiz comediógrafo en *Casas de viudos*, aprovechó,

de seguro, la lección. El sería el sucesor de Oscar Wilde en el teatro y en la vida literaria, contra viento y marea. Él caería sobre la imperturbable calma de la sociedad inglesa como un ciclón devastador, haciéndola vibrar hasta sus cimientos. Y tal como se lo propuso, empezó briosamente Shaw sus audaces campañas en el periódico, en el mitín, en el teatro y en el libro. La catástrofe social de Wilde enterraba en el silencio al primer ingenio de fines del siglo XIX. Pero ya estaba en pie Bernard Shaw para anunciarles a las masas, a gritos en la calle, el nuevo superhombre del siglo XX. «¡Venid a mí—exclamaba—si queréis renovar vuestras ideas absurdas, abjurar viejos errores y escuchar al hombre más genial que yo conozco!» Y cuando la muchedumbre curiosa, escéptica y risueña exigía impaciente la revelación de ese fenómeno, la respuesta invariable era siempre: «¿Quién va a ser? Yo mismo, George Bernard Shaw», recibido, claro es, por un coro de estrepitosas risas. ¡Prodigiosa inteligencia la de Shaw! ¡Cómo ha sabido amalgamar lecturas e influencias diversas, filtrándolas al través de su espíritu y sacando de esta ensalada intelectual su propia vigorosa personalidad! Porque, téngase en cuenta que Shaw ha sido una especie de antena para recoger las corrientes ideológicas del siglo e incorporarlas a su programa innovador. Empezó siendo crítico musical y haciendo la apología de Wagner en un librito muy interesante pero absurdo en su inútil empeño de demostrarnos el socialismo de la Tetralogía. (!) Después con William Archer, fué en Inglaterra el heraldo de Ibsen, que le inspiró una obra de crítica y de polémica acertadísima: *La Quintaesencia del Ibsenismo*, ya por mí comentada anteriormente. Más ¿a qué seguir? Los mismos prefacios de Shaw marcan las etapas progresivas de su evolución: El socialismo de la *Fabian Society*, el culto de Karl Marx, la propaganda Ibseniana del teatro de ideas, las teorías demolidoras de Samuel Butler, el anticapitalismo, el antisentimentalismo y otras tantas tendencias asimiladas o renovadas, constituyen la base de su credo individual. Sabe de todo y lo pregona sin timidez. Ha estudiado música, arte, literatura dramática, economía política y filosofía alemana. No niega por un solo momento lo que debe a Schopenhauer y al ególatra Nietzsche. Conoce a fondo la obra de Shakespeare, a quien tiene el aplomo de compararse, y ve en Ibsen a su modelo escénico, aunque él sea un Ibsen humorista. Ahora bien; lo que es de Shaw, personal, original e inimitable, es su ingenio celta, su *répartie* fulminante, el modo espontáneo que tiene de revelar el lado ridículo de personas o ideas, al parecer muy respetable. Es posible, sin embargo, que a pesar de tan singulares aptitudes, Shaw no hubiese dado al mundo su medida a no hallar en su camino a Frank Harris, fino cataador de valores intelectuales. Frank Harris tuvo la feliz idea de llevar a Shaw como crítico dramático a la *Saturday Review*. Fué para éste no sólo su aprendizaje escénico, sino el punto de partida de su ruidosa celebridad. Todo Londres leía los artículos burlones de Shaw contra los autores de moda, su técnica anticuada y

sus comedias sentimentales. Este Mefistófeles se había apoderado de la atención pública con sus irreverencias. Era un Mefistófeles alto, delgado, pálido, de largas barbas rojas. Iba vestido de cualquier modo y se negaba a ponerse frac o smocking en los teatros elegantes (¡qué español resulta este irlandés en su aversión a la camisa almidonada!) Solía hablar en los mitines populares, afirmando su credo socialista y se le conocía vagamente en los círculos intelectuales por sus ideas avanzadas, su ironía cáustica y su hostilidad a la Iglesia, al patriotismo nacionalista, al imperialismo inglés, al puritanismo hipócrita y otras muchas cosas que aun juzga meras conveniencias sociales. Bendigamos para bien de la literatura dramática no sólo la *Saturday Review* sino hasta el severo *Censorship* que más tarde al escribir Shaw su famosa comedia *La profesión de la señora Warrer* le inspiró la feliz idea de escribir prefacios y publicar su teatro en volúmenes. Era un modo de atraerse millares de lectores y forzar su admisión en los rutinarios teatros de Londres. Bernard Shaw

había comprendido que la escena estaba destinada a ser el campo de sus batallas ideológicas. Alrededor de los 40 años no tenía como bagaje intelectual más que dos o tres novelas, y en ese género literario pocas probabilidades se le ofrecían de eclipsar a Meredith, a Kipling y a Hardy. Además, el «Teatro Nuevo» producía una viva expectación. Y entre sus autores noveles aun más interés y discusiones el propio Shaw, el cual si bien no alcanzó un éxito definitivo hasta su ingeniosa comedia satírica *Las Armas y el Hombre*, había ya creado en torno suyo una leyenda mefistofélica. Ya hasta para el hombre de la calle las iniciales G. B. S. (George Bernard Shaw) eran populares. Y esto ambicionaba Shaw ante todo: ser tan conocido como el anuncio del *Pear's Soap* o la Torre de Londres. Desde entonces no ha dejado de escribir, de anunciarse o de exhibirse. Mas forzoso es confesar que su ruidosa notoriedad no es sólo debida a su indiscutible talento de polemista y de autor dramático, sino a su infatigable constancia en el autobombo estrepitoso.

Alvaro Alcalá Galiano

Madrid, septiembre de 1929.

El nacionalismo de Rabindranath Tagore

(Viene de la página 296.)

Acercándose a la República Norteamericana, buscando su arrimo, no por eso renunciará la India a su fe propia y se consumirá en una agitación sin medida. Sabe que en el ritmo de la existencia, las pausas, las intercadencias son necesarias para la renovación. Aunque admira a una democracia prestante, considera que la libertad política que ella ofrece no es verdadera libertad, sino bajo falsas apariencias, el predominio de una minoría que dirige a la mayoría de un pueblo hacia determinados fines. La India sabia y lenta, limita siempre sus deseos y su ambición, porque la experiencia y la historia le han enseñado que sin esas trabas, entra de lleno en el reino de la muerte.

Tagore concilia y marida todos los bienes, todas las ambiciones y ama, sobre todo, la paz. Despierta, India, exclama, y eleva un himno a la paz, hija del gran dolor de Dios; prepárate para la santa aurora que llega con sus tesoros de dulce sosiego. ¿Cómo pueden oponerse dos continentes, dos mundos espirituales si todo se enlaza en el universo? ¿Cómo pueden separarse acerbamente si el mismo Dios necesita de nuestro amor y, como leemos en el *Gitanjali*, se viste de belleza para cautivar nuestro corazón y nos convierte en asociados de su opulencia, en testigos de su dicho infinito? Continuemos tejiendo el suntuoso velo de Maya, sin vanidad y sin egoísmo. Avancemos resueltamente hacia la unidad.

Francisco García Calderón.

París, agosto de 1929.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

<p>CERVEZAS</p> <p>ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.</p>	<p>FABRICA:</p> <p>REFRESCOS</p> <p>KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.</p>	<p>SIROPE</p> <p>GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.</p>
---	---	---

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

1.º—¿Es conveniente para los intereses y soberanía del país que un mismo individuo reuna los caracteres de apoderado de Compañías extranjeras y miembro de algunas de las ramas del poder?

2.º—¿El ciudadano que se dedica a servir los intereses extranjeros debe renunciar a intervenir en la administración pública y en la confección de las leyes?

1.—La pregunta no me parece formulada con precisión. No se trata de conveniencia o inconveniencia para determinados intereses, sino de la moralidad o inmoralidad de una actitud. Los representantes de sociedades comerciales extranjeras podrían alegar que su presencia en las cámaras es conveniente para la república, y el caso podría presentarse. Pero, de un modo general, ¿está bien que a un individuo a quien las circunstancias pueden colocar de juez entre dos partes sea apoderado o agente de una y otra? La moral corriente y la práctica legal en todo el mundo establece que es inmoral o por lo menos indecoroso aceptar esa posición. Las sociedades comerciales extranjeras tienen generalmente tratos con el gobierno y muy frecuentemente surgen diferencias en que una de las cámaras o ambas deben expresar su opinión o dar una sentencia. Los senadores o representantes que sean a un mismo tiempo agentes de esas compañías están inhibidos por la ley y por el decoro personal de expresar su juicio o de dar su voto en la competencia. Me sorprende que haya sobre esto más de una opinión.

El único caso en que una persona puede sin desdoro recibir en su carácter de juez honorarios de las dos partes, es cuando figura como árbitro nombrado por ellas.

2.—Expuesto lo anterior, queda contestada la segunda parte del cuestionario. Sólo importa agregar que no veo por qué haya de hacerse aquí diferencia entre compañías extranjeras y nacionales. Unas y otras, desde el momento en que actúan en el país o litigan ante nuestros tribunales, o solicitan beneficios del congreso, o nos ofrecen sus muníficos dones, quedan sometidas a las leyes colombianas y protegidas por la justicia y la policía del país. Hace cinco o seis años una distinguida revista inglesa hizo notar la inmoralidad manifiesta de que cerca de 400 miembros de los seiscientos y tantos que componen la cámara de los comunes fuesen directores de compañías de seguros, de ferrocarriles, de navegación; miembros de juntas administrativas de barcos, y otras entidades cuyos intereses podían ser favorecidos o lastimados por la expedición de leyes. Contando con estos pavorosos efectivos los magnates del capitalismo en el Reino Unido, no es raro que se fustren en la cámara los proyectos de representación proporcional

La política y los hombres de negocios

= De *El Espectador*, Bogotá =

o gremial, únicas maneras plausibles de realizar equitativamente la fórmula democrática. Es de observar que la prensa, instrumento tan poderoso de propaganda en la Gran Bretaña, y los intelectuales, tan numerosos y tan valientes, casi nunca logran entrar al parlamento, como no sea por la puerta falsa de la cámara alta.

El criterio del hombre de negocios es por definición enteramente distinto del administrador público. Una Compañía como la Standard Oil divide a su país en dos partes desiguales: sus accionistas y los innumerables ciudadanos restantes. Ella existe para explotar a éstos sin otro límite que el señalado por la ley. No se olvide que en la formación de las leyes, la Standard Oil pone cuanto puede de su par-

te. El administrador público no se ocupa en explotar a nadie cumpliendo los deberes que la ley señala. El director de una Compañía anónima busca el provecho de sus socios a todo trance; el hacendista oficial no tiene derecho de explotar a nadie y le está prohibido crear más rentas de las necesarias para atender con su producto a las necesidades públicas. Un supe-rávit oficial crecido indica la necesidad de disminuir los impuestos. Las ganancias excesivas de una sociedad mercantil estimulan a sus directores para intensificar la explotación en que se ocupan.

Una comparación aclarará estas consideraciones. Una nación se administra como un club, no como una empresa industrial. El club no

busca ganancias sino hacerles más leves los gastos y más eficaces los servicios a sus pocos o muchos socios. Así debe ser la administración pública. El hotel es el modelo de la empresa industrial; quien lo administra pone sus conatos en cobrarles a sus clientes lo más posible, reduciendo el gasto de la empresa a un minimum para acrecentar las ganancias. La oposición entre las dos actividades es manifiesta.

Además, la historia está llena de ejemplos acerca del influjo desastroso del hombre de negocios en la política. Fueron los usureros de Roma quienes afilaron el puñal de Bruto (negociante él mismo) y el dominio de esa casta precipitó la decadencia del imperio. Los negociantes han mirado siempre con recelo al verdadero talento político y han destruido muchos en el curso de la historia, entre ellos a Cayo Julio, el genio político más completo y la inteligencia más hermosa de que pueda ufanarse la estirpe.

La guerra de secesión en el estado yanqui puso el gobierno en manos de los hombres de negocios, a causa de las miserias del papel moneda y de la necesidad de reorganizar y explotar el Sur en beneficio del Norte. No es necesario insistir en la profunda corrupción política sobrevinida en reemplazo de la austeridad republicana de Lincoln y de la mayor parte de sus antecesores.

Los hombres de negocios británicos, administrando a la India en nombre de la metrópoli, le han creado a la Gran Bretaña en esas regiones del planeta una situación de que dan idea la «no cooperación» de los nacionalistas indios y el sentimiento para con los ingleses expresando elocuentemente en los disturbios actuales de que es teatro la república del Extremo Oriente.

Por último, la carrera ministerial de Lloyd George, 16 años de preponderancia sobre sus enemigos y de aplauso incondicional y en ocasiones frenético de parte de sus amigos, fué interrumpida con beneplácito general, a causa de haberse echado en manos de los hombres de negocios para dirigir la guerra. Importa añadir que los hombres de negocios no cortaron su carrera. Hubo alguno de ellos que se hizo multimillonario poniéndole su firma a un contrato para coser 600 mil abrigos de invierno, destinados al ejército expedicionario.

Por lo que hace a Francia, el editorial de *El Tiempo* del jueves santo y las opiniones allí citadas, no sólo arrojan luz astral sobre la intervención fatídica de los negociantes en política sino que defienten el principio de la no intervención, de una manera incontestable.

B. S a n i n C a n o

Omar Dengo

Meditaciones

I

★

Al irse, Omar Dengo dijo a su esposa que no lo permitiese, si acaso alguien quisiera recoger sus escritos. "Nada de lo que dejo vale la pena de publicarse de nuevo." Pero los que siguen siendo sus alumnos y amigos no piensan así; creen que hay doctrina constructiva, flor perdurable de belleza y de bien, en lo que Omar escribió. Por eso han acordado recogerlo; en tomitos como éste. Dos o tres tomos, tal vez; uno por año. De tal manera es como juzgan servir mejor a la memoria del que fué su maestro y compañero, hoy ausente amado.

Noviembre y 18 del 29, aniversario primero de su muerte.

Precio del tomito \$ 2.00

Poemas de Serafín Delmar

= Del libro *El Hombre de estos años*. México, 1929. =

El Regimiento No. 3.

ESTAMOS retratados en la sangre de los
hermanos asesinados por el enemigo.

Vamos rasgando nuestra alegría floreada
al compás de la marcha.
Son los cantos populares que se han abierto
camino en nuestra profunda tristeza aborígen.

El carrito interminable de la noche
punta nuestro cielo pintado de guacamayos.
De cuatro en fondo suenan los caballos
sus herrajes.
Las trompetas boreales desnudando la vida,
somnia, lanzaron la emoción de la guerra.

Noche nacida del petróleo,
por eso te amargan los ladrones.
En tu garganta, seca de siglos, se oye la voz
internacional de los hombres.

En una esquina de la selva
saca la aurora los cuernos.

Soldados rojos,
pintando las sonrisas de las soldaderas
ovilladas en el suelo,
arrancan de las bandurrias ladridos que se meten
como lagartijas en el cuerpo embriagado,
hasta hacer gritar lágrimas.

Esta es nuestra raza...!
Que sabe llorar con la música
y cantar en el combate.
Mientras el sol ordeña la mañana,
de los pechos arengados hacia la conquista,
chisporrotean las manos de los soldados
sus cantos rayados en el corazón.

Ensartando la voz a la mitad de los fusiles,
las mestizas llovidas de miradas
se enrojecen sobre las cuerdas lloradas.

Las trompetas agujereando el viento
enfilaron a los escuadrones frente a los Andes
y rompieron la marcha.

Itinerario de viaje

Las chimeneas de Lima embanderadas de huelgas
ya tienen escritas en sangre el 23 de Mayo
qué nos saluda.
La ciudad, con afiches murales de miseria, tiende
su mano de despedida con el trapo de la niebla—
hasta luego—y apreté la costa en mis manos
mientras los pitos rasgaban el cielo donde se ha
escrito la Revolución.

En alta mar el ruido del trasatlántico espanta
los corderos del océano—
fuerte el viento se prende de las amarras como
el hambre en las calles del Callao—
cielo y mar abrazados—alborotado mar del Pacífico.

Verde Canal de Panamá—
lagarto con dentadura de cañones triturando la
esperanza proletaria.

Allí—la justicia de Wall Street mira insolente
al mundo
y las esclusas levantan himnos a la torre Eiffel.



Madera de Gabriel Fernández Ledesma.

Los loros, rojo internacional,
dejan caer de sus picos perfume
de frutas.

¡Qué dulce está la mañana llovida
en las mejillas de mi compañera!

Canta el viento—
su voz exprime jugo de cañas—
en el paisaje teñido, los pájaros
de colores cuelgan su canto en las
chirimoyas que apuntan como pezones
de india campesina.

Larga sirena de ingeniería
con potentes grúas que extraen estrellas
del agua—
tiemblan los destroyers que vigilan el Sur.—
El cielo fotografiado en el lago Gatun
es el vientre del Canal de Panamá donde se incubaba
otra guerra.—
¿No sienten las arengas sociales?
Los hombres se pintan el corazón con palabras
agitadoras arrancadas de los campos de América.
Pasa el último pájaro de la tarde llevando el
mensaje de una estrella que pone su canto olvidado
a los pies de la noche.

Calles de Colón
con barrios de color donde los negros lloran
en el saxofón.—

En los cabarets los Ku-Kux-Klan
remiendan con hilos de sangre la noche cuarteada
por los gritos de angustia que lanzan obsidianas
mujeres.
y por los faros y las marimbas que lloran en el
muelle.

Habana—
ciudad cinematógrafo de crímenes
con el sol, centinela de tráfico—

aquí canto un himno rojo en las calles
trasnochadas de la ciudad que derrite su tragedia
en el vientre del sol de hierro.

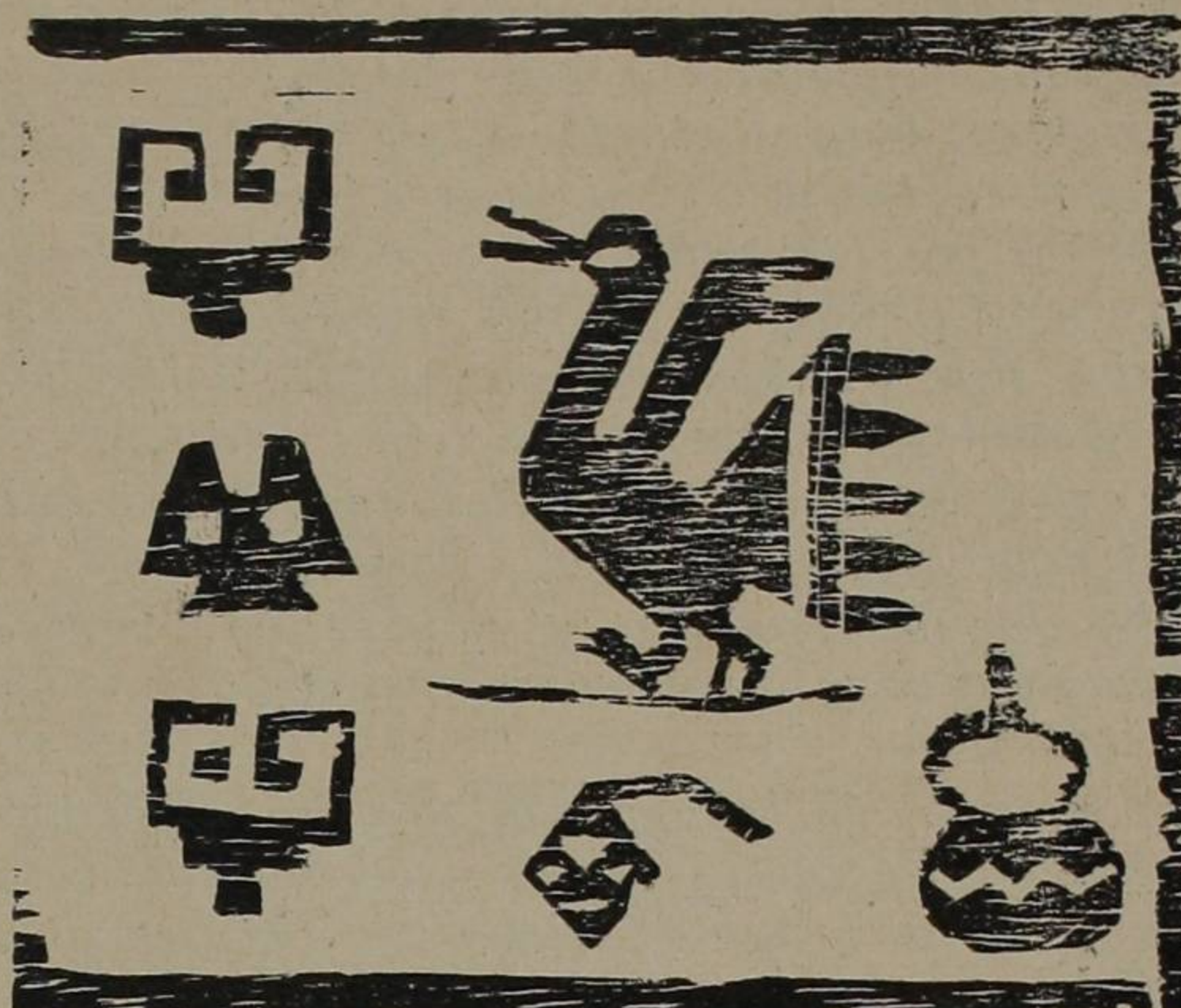
Desde las ventanas abiertas ladran las estrellas
al paisaje calafateado.—
Los globe-trotters de Boston, Chicago y Filadelfia
ríen desde el ojal de los rascacielos,
mirando la tragedia de las calles angostas
como alambres de tranvía por donde pasa
la muerte rozándonos la sombra.

En cada vientre de mujer la protesta
se hace angustia de colonos del norte—
y en la cartera de los hombres hay una tarjeta:
Paula Romero, un servidor.

Esta llamada escrita en la orilla de los 2 océanos
envuelve el grito de 20 pueblos donde el
imperialismo yanqui iza sus banderas.

Camaradas de Suramérica—
aquí se siente que México es nuestro.—
Los indios estiran el sol desde los Andes
desparramando en el campo semillas de libertad
y el grito—tal vez más fuerte de la
Revolución.

Alzad las manos, trabajadores:
la huelga es el único ángulo mayor de donde
salen ondas a morder el paso de los siglos.



El Hombre-Máscara

=De Patria. San Salvador=

...Y hé aquí que, sin saberse cómo ni cuándo, en alguna
vaga aldea donde *no* hizo estación el Tren de las Figuras
de Cera, subió a él un hombre.

Y aquel hombre era el Hombre-Máscara. Era el Hombre
Inverosímil. Era el Hombre Postizo. No era *él*; era *otro*: iba
disfrazado de sí mismo. Su cuerpo, alto y desarrollado, no
parecía suyo: diríase que andaba en zancos. Llevaba una
cara larga, aunque sutilmente gorda, como la cara de un
huevo. Su cabello, negro y rizado, no podía ser sino peluca.
Sus ojos, muy negros y muy blancos, con menudas venas
rojas, parecían de porcelana bajo las cejas espesamente
negras, cejas de bajo profundo, cejas de ópera. Bajo la nariz
colorada, como de cartón, aparecía, mal pegado, pronto a
deslizarse hacia la mejilla grande y lisa, blanca y rosada y
azul, un bigotillo de puntas retorcidas, engomadas: un bigo-
tillo teatral. Y bajo la barbilla, ovalada y floja, había un pro-
fundo surco de gordura que semejava el borde de la máscara.

Tan perfectamente, tan extraña e inverosímilmente iba
aquel hombre caracterizado de *él mismo*, que hube de res-
tregarme los ojos para cerciorarme de que no soñaba, de

que aquel hombre existía en realidad, que no era una *figura
de cera* escapada de estas páginas. Pero una vez compro-
bada tangiblemente su existencia, pude dedicarme a admirar
largamente uno de los más completos ejemplares humanos
que me haya sido dado contemplar.

Porque aquel hombre estilizaba en sí, maravillosamente,
una de mis amadas filosofías, uno de mis interiores Hom-
bres-Tipos, una de mis *más caras máscaras*...

Y hé aquí que, al entrecerrar yo los ojos para mejor mi-
rarle, para verle mejor y más interiormente a través de una
propicia niebla de ensueño, comenzaron a esfumarse paula-
tinamente sus contornos: y entonces pude observar que, a
medida que iban borrándose sus perfiles de hombre real, a
medida que iba dejando de ser él, iba adquiriendo progresi-
vamente otras características más vagas, otros lineamientos
más nebulosos y profundos, otros rasgos más tenues, más
generales, y por lo mismo más precisos.

Y recordé entonces que me hallaba en el Tren de las
Figuras de Cera. Y comencé a entrever lo que aquel hom-
bre significaba para mí: empecé a comprender que aquel
hombre era yo; y que aquel hombre eras tú; y que aquel
hombre era él; y que aquel hombre éramos nosotros, y vos-
otros, y ellos. Aquel hombre no era uno, sino muchos. Aquel hom-
bre no era ya un hombre, porque comenzaba a ser El Hombre.

Y es que todos somos Hombres-Máscaras. Todos vamos
disfrazados de nosotros mismos, profunda y misteriosamente
enmascarados de un *yo*, no ante las gentes, sino allá en lo
más hondo de nuestras entrañas, en las tinieblas adonde no
llega todavía nuestra conciencia. No hablo aquí de las apa-
riencias exteriores: una «máscara» no es una cara, una mera
forma externa. Una máscara es—séame permitido jugar con
las palabras—una *máscara* es *más que una cara*, es un *yo*
externo y superficial que recubre el verdadero *yo* del individuo.

Porque nadie—ni aun nosotros mismos—nadie conoce al
Hombre que está debajo del disfraz, al Yo impersonal y sin
nombre que se oculta bajo el nombre y la personalidad. Y
así hay disfraces de fealdad y de belleza, y hay máscaras
de dolor y de alegría, y hay caretas de maldad y de bondad.

Y así existen hombres feos, que—como se dice de Só-
crates hacia el final de su vida—sin dejar de ser feos en
cuanto a los rasgos exteriores, llegan por fin a manifestar
en ellos una interior y milagrosa belleza, una belleza inefa-
ble, intangible y divina, una belleza que establece, por en-
cima de la fealdad misma, el reinado de la Serenidad y la
Armonía. Y hay también hombres y mujeres perfectamente
bellos, en quienes domina, sin embargo, como un malestar
indefinible, una vaga expresión de fealdad; y es que les falta

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Conrado Walter Massaguer

ESCARBAD unos pocos centímetros el éxito, y encontraréis siempre el trabajo. Es uso en estos países de Europa, y muy acentuado en la América Latina, andar con el talento a manera de objeto de lujo, se le pasea por las calles, se le lleva al café, pero muy raro al trabajo; y de ahí resulta una pléyade de genios descontentos, que en verdad no ha hecho nada, absolutamente nada.

Massaguer es un trabajador, y por consecuencia natural ciñe hojas de laurel; algunos de sus compatriotas, los amigos del ocio, no se lo perdonan, pero él sigue su destino de triunfos, por el más acertado de los trabajos.

Massaguer, no comparte la idea de los modernos de que una silla pueda ser un armario, una mesa o una mujer; él cree que la caricatura del Rey de España debe parecerse a él y no al monarca de la Península Itálica. Es decir: Massaguer va a un punto y llega por la línea recta, otros se quedan en los zig-zags del camino.

¿Queréis oír de su vida íntima? Es casado, feliz con dos niños, pequeño de estatura, sobrado de carnes, la mirada desde luego penetrante, sin fisonomía de director de diarios, buen corazón, buen camarada y además creo que Massaguer nunca cumplirá más de 30 años. Ha tenido éxito en su patria, en las Américas, fuertemente en la del Norte; le faltaba París y ha venido a colocarse la raya roja de la Legión de Honor. Habita en las vecindades de la Estrella, así tenía que ser, y allí en dos horas hace diez caricaturas.



Autocaricatura

Para García Monge. Con mucho afecto.—Massaguer.

Paris, 1929

Hay éxitos de éxitos, el de Massaguer es de los legítimos, de los conquistados palmo a palmo; yo, apresto mi tributo.

Max. Jiménez

Paris, 1929.

el soplo del alma, la chispa de vitalidad que anima el barro: hay en ellos un desequilibrio entre la materia hermosa y el espíritu rastrero. Hay en ellos una tendencia a la fealdad, que es más que la fealdad misma. Se cree adivinar en tales hombres *lo feos que serían*, si, por una mera casualidad, por la más triste y vulgar de las coincidencias, no hubiesen tropezado, al nacer, con un hermoso cuerpo. Y es que la verdadera belleza no es una belleza actual, una belleza palpable y ya desarrollada en el presente: la hermosura real es aquella que está en camino, es la belleza en marcha, la fealdad que va hacia la belleza: la fealdad dinámica.

Y hay hombres superficialmente alegres, que son en el fondo tristes: a esta clase pertenecen casi todos los cínicos, los vividores, los que predicán el «comamos y bebamos que mañana moriremos»; todos aquellos que se dedican a «divertirse» para engañarse a sí mismos, para ocultar a sus propios ojos el vacío y la suprema desesperanza de sus vidas sin objeto. Estos hombres aparentan una falsa alegría—aunque ellos mismos quizá la crean verdadera—porque tienen miedo de asomarse al sombrío pozo de su alma, donde quizá encontrarían su propia risa reflejada en rictus de dolor, el hondo dolor subconsciente de no haber tenido un ideal. Son los castrados espirituales, los que iban a ser algo y no lo fueron, y que por eso niegan ahora la existencia de aquel claro Ideal que les hubiera hecho vivir.

Y así también hay hombres aparentemente dolorosos, hombres que padeciendo, como Job, todas las llagas y penalidades de la carne y del espíritu, no abdicán jamás ante el cúmulo de sus miserias, no permiten que los sufrimientos exteriores lleguen a alterar nunca el armonioso equilibrio de su interior serenidad. Y es que en su corazón, contra todas las apariencias, mora la Alegría. Son seres básicamente alegres, alegres *de vida*, y no de circunstancias: alegres de dolor, no de placer. Porque en ellos se hace carne y sangre

y luz aquel maravilloso lema de Beethoven: A LA ALEGRÍA POR EL DOLOR. Ellos saben—sin saberlo acaso—que en este desierto inmenso sólo puede apagar nuestra sed el agua clara y dulce que va dejando, en el Alambique Interior, la salada destilación de nuestras lágrimas. Ellos saben, en el fondo, que sólo las punzantes abejas de la pena llegan a producir la clara miel de la alegría, de la verdadera, inefable alegría que está más allá del goce y más allá del sufrimiento. Y por eso es su corazón como una lámpara, una roja y profunda e inextinguible lámpara, en la que la llama de la Alegría Eterna se alimenta con el aceite del Eterno Dolor.

Y hay también máscaras de hombres buenos, colocadas sobre hombres malos. Y conste que no quiero cometer aquí la perogrullada de hablar de los Tartufos, de los que aparentan una falsa bondad que ellos mismos saben inexistente. Me refiero a los que sinceramente se figuran ser buenos, sólo porque no actúan como malos: a aquellos que cumplen acciones exteriormente buenas, sin investigar los ocultos móviles egolátricos que en el fondo les impulsan. De esta laya son casi todos los «filántropos», los profesionales y los deportistas de la bondad, que se dedican a *portarse bien* como hubieran podido dedicarse a la especulación bursátil o a los caballos de carrera. Estos seres son buenos como otros son linfáticos o sanguíneos: la bondad es en ellos mero asunto de salud, cuestión de glóbulos rojos y de secreción hepática: no *son* buenos, sino que *están* buenos. Su bondad es espacial, no temporal. No la viven: la digieren. Y es que la aprovechan para los pequeños fines egoístas de su verdadero *yo* interior, de ese su minúsculo *yo* que se oye sonar, dentro de aquella gran bondad superficial, de aquella su cáscara de bondad, como suena, bajo la corteza, el aborto de una nuez huera. Y este aprovechamiento, esta digestión carnal de su carnal bondad, es la única recompensa a que aspiran tales hombres: su bondad no puede ir nunca más allá de ella



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza
y
La Sastrería**

La Colombiana

de Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses. Operarios
competentes para la confec-
ción de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía
50 varas al Este de "El Cometa",
frente a Luis Vanni

San José. C. R.—Teléfono 3283

misma. Y es que estos hombres *se dan a sí mismos su ejemplo*: se fijan un límite; y cuando llegaron a la meta, se echan a dormir sobre el colchón de su bondad.

Pero existen también—gracias a Dios—existen también maravillosos hombres malos, que nos consuelan de los buenos. Hombres a quienes el mundo considera malos sólo porque han actuado mal, sin ocuparse del móvil que les llevara a la acción; sin considerar que son hombres, es decir, hermanos sujetos a tentación, como nosotros: que SON HOMBRES, y probablemente más hombres que quienes les censuran. Y lo más triste es que ellos mismos, a fuerza de oírsele repetir, llegan a creerse que son de veras malos: y entonces es cuando empiezan verdaderamente a obrar como tales, es decir, como si la Maldad—con mayúscula—existiera objetivamente, lo cual no es cierto: no hay más que bondades más o menos grandes. Debemos creer en los hombres malos, en su bondad interior y profunda, para que ellos mismos empiecen a creer en ella, a creer en sí mismos. Porque los llamados hombres malos son, casi siempre, hombres dinámicos, hombres creadores, maldades en movimiento hacia la verdadera

Bondad. Y es que son una bondad virtual, una bondad en potencia, una bondad en germen: un plomo que pugna por trasmutarse en oro, una tiniebla en camino hacia la Luz. Tal fué sin duda Atila; tal fué César Borgia; tal fué François Villon, el divino capitán de bandidos, el verdadero creador de la poesía francesa. Tales hombres valen más que ellos mismos; yérguense sobre su maldad, como sobre un pedestal; la utilizan tan sólo como un medio, como un cincel para ir esculpiendo la maravillosa y viril estatua de su bondad futura. Por eso el hombre verdaderamente bueno sabe de ellos lo que ellos mismos no saben todavía: él ve *algo* en ellos que es superior a su personalidad del momento: un interior dinamismo que tarde o temprano habrá de superarles, imponiéndose a la anarquía de sus instintos. Y cuando esto ha llegado a suceder, han sido ellos los verdaderos santos, los Pablos, las Magdalenas, los Agustines. Y es que son seres pasionales, seres de calor y de vida, y no entes de tibieza y de muerte: hay en ellos una chispa vital que les ilumina, como lámparas de barro, a través de sus imperfecciones: como lámparas de barro que un día habrán de ser de cristal.

Y es que la verdadera Bondad no es cuestión de bondad: ésta última debe ser tan sólo un efecto, un resultado secundario de la otra, de la que yo llamo bondad interior, bondad humana, bondad espiritual, y que es asunto de vida, de dolor, de angustia: de *agonía* en su sentido griego de «lucha». Por eso el hombre realmente bueno no aspira a ser bueno nunca, sino a *ser mejor*, eternamente mejor, sin esperanza de recompensa ni en esta vida ni en la otra: aspira a vivir, porque vivir es *ser mejor*. Dios mismo no es un Sér definitivo, una cosa acabada y perfecta, una cosa *que es*, sino *algo que va a ser*. Dios mismo dejaría de vivir si se congelase en bondad, si llegara a anquilosarse para siempre en un Sér Definitivamente Bueno: porque buenos son sólo los muertos; buenos son sólo los malos, y quizá ni aun ellos mismos. Por eso Dios no es el Sér Bueno por excelencia, sino el Sér que Vive, el Sér dotado de infinita Vida, el Sér que es la Vida misma: YO SOY EL QUE SOY Y EL QUE HE DE SER. Dios es tan sólo el Sér Mejor por excelencia.

Y así también nosotros tenemos el deber de vivir, de realizarnos, de hacer salir a la superficie aquello que *vive* en lo más hondo de nuestras entrañas. Todos debemos ser más que nosotros mismos; todos debemos, en nuestras vidas miserables, colaborar con la inmensa Vida de Dios. Porque para eso fuimos creados: para ayudarle a Dios. Para ayudarle a realizarse; para ayudarle a vivir; para ayudarle a *ser mejor*.

Porque bajo nuestra existencia pasajera, bajo nuestro mísero *yo* provisional e insignificante, alienta el eterno Yo de la infinita Vida. Bajo la careta humana está el Rostro inefable y divino: bajo la máscara del hombre, vive, resplandeciente y augusta, la grave Faz invisible de Dios.

Y Dios es el supremo HOMBRE-MÁSCARA.

A. Guerra-Trigueros

hasta donde las posibilidades le permiten... Lo que me propongo insinuar es más bien *un cambio de rumbos* que de acción; y sobre todo que esa acción se dirija—desde el punto de vista de nuestra potestad—hacia donde hace más falta y sería más viable y más útil; y no hacia el fracaso, haciéndola recaer—las más de las veces sin justicia—sobre maniobras internacionales que de todas maneras se han de sustraer al juego de nuestras apreciaciones.

Sobre este mismo tema hice algunos reparos a los señores representantes de *Apra* en la célula de París, según podrá usted verlo en el precedente número de este *Repertorio*. Mas como quiera que lo tengo a usted en calidad de alma viva y mentor del aprismo, me creo en el deber de recabar su opinión acerca del concepto que le merezca la modalidad que sugiero.

Por una parte el sesgo de *animadversión* a Norte-América, que con justicia o sin ella se ha querido atribuir a las actividades del *Apra*, ha influido en el sentir general de un modo

Algo más sobre la profilaxis...

(Viene de la página 292)

contrario a los alientos emancipadores que ella sustenta, atrayéndole la desconfianza o la insidia de los afiliados a la gran nación, que por interés o a las buenas son muchos, y muy bien escuchados.

Por otro lado, no sólo pierde en intensidad nuestra campaña,—si por allí se la juzga,—sino en finalidad. Porque a decir lo cierto el *Apra* nada nos hará obtener ni recuperar si ha de asumir una política de rebelión obstinada y estéril contra los hechos consumados o contra la ética de los manejos invasores, al paso que si alcanzaría gran ascendiente en el corazón de nuestra América, y ganaría también el aprecio de propios y extraños, si ella llevara su energía y su apostolado al campo de la legitimidad estricta, fuera de toda tendencia de rencilla o predisposición.

Y en ese campo de la legitimidad, ¿quién

podría llevar a mal que actuáramos por y para nosotros mismos, cortando de cercén las raíces del mal, en lo que tiene de doméstico? ¿Quién podría elevar una sola objeción a lo que podríamos llamar la profilaxis propia, o la higiene casera?

Agregue Ud. que por un noventa por ciento, si no más, los males de absorción y aniquilamiento de que tanto nos quejamos son secuela obligada de nuestros propios desatinos; y entonces verá que la cura está a la mano, si es que deseamos aprovecharla; y no en los cuernos de la luna...

Resumiendo mis observaciones, he de repetirle en cuanto a Costa Rica lo que de viva voz le manifesté alguna vez: no tenemos para con los Estados Unidos de América sino sobradas razones de reconocimiento nacional. Nuestras dos diferencias de frontera con los vecinos del Norte y del Sur, fueron dilucidadas en definitiva a favor nuestro, hasta donde fué posible, por laudos arbitrales de autorida-

des norteamericanas; lo mismo que ciertas dificultades surgidas con el Gobierno de Inglaterra, las cuales fueron solucionadas mejor de lo que era de esperarse para esta República. De todo tiempo y en toda ocasión hemos sido tratados con verdadera solicitud por el Gobierno Norteamericano; y hasta en un duro trance en que pareció coaccionarnos, no fué sino para ponernos a cubierto de la garra de un régimen que nos oprimía ominosamente. De ahí que no prosperen en Costa Rica los pujos contra el gran Estado, a justo título bien quisto.

Y sin embargo no fueron parte todas aquellas deferencias a preservarnos del daño y el riesgo de la llamada «diplomacia del dólar». ¿Y por qué?... ¿Sería por arte y culpa de los gobiernos de la Nación del Norte? No, desde luego; y lo que digo de nuestro país se puede decir de todos aquellos que se lamentan de sus mismas lesiones.

Han sido nuestros propios gobiernos, impreparados o mal sanos; nuestros políticos irresponsables o inescrupulosos; nuestras satrapías de machetones; nuestros bajalatos de barraganes o de rábulas los que un día tras otro han venido preparando en esta pobre América, tan fértil en venalidades, el avance del filibusterismo pacífico del *trust*, que no por ser pacífico es menos ruín y vejatorio que el de la conquista por las armas.

Si con un pretexto o el otro nuestros gobiernos y nuestras rapaces burguesías se dejan sobornar por los cazadores de privilegios y les entregan lo mejor de nuestras riquezas, a cambio de las monedas de Judas; si la roña que nos corroe es hija por la sangre de ese tráfico del bien y el honor patrios en que han vivido nuestros gobiernos,—¿a qué vienen entonces la grita y la protesta que no se empleen contra esos mismos funestos gobiernos y contra el séquito de sus secuaces?—Se siente que en semejante desviación de las auto-responsabilidades, a más de poca penetración del asunto, hay cierta carencia de integridad colectiva: toda la que fluye de una falsa imputación que viene en descargo desleal de los pecadores.

Así como el problema en Costa Rica ha sido confrontado y se desenvuelve al margen de los privilegios y concesiones que en mala hora otorgaron nuestras cámaras y gobiernos, así en las otras naciones hermanas de infortunio el daño obedece a las mismas causas y circunstancias. Si hay algún pueblo de nuestro continente al cual le hayan sido impuestas, *manu-militari*, las concesiones, excensiones y primacías de todo género por él otorgadas al mercader extranjero, en agravio de sus nacionales, que se me diga su nombre, nuevo para mí. Y si tal caso se diera, cierto estoy de que la carga sería menos onerosa, menos irritante que las estipuladas en los convenios que homologan nuestras administraciones públicas!

Fuerza es convenir, ante el espectáculo no por cruel menos verídico de nuestras flaquezas y extravíos, en que a éstos es a los que hay que poner pronto remedio, actuando en lo doméstico, antes que en el terreno del reproche internacional.

¿No cree usted que *Apra* llegaría, por este giro de saneamiento interior en nuestras condiciones de gobierno, a realizar una tarea más fecunda y menos expuesta a ser mal vista y a frustrarse en su rendimiento efectivo?

Con este cambio de métodos mejoraríamos ciertamente la exégesis del problema, a la vez que lo prestigiaríamos a los ojos de una moral de enmienda, que es de recibo en todas partes,

Con esa maniobra desaparecerían los recelos de todos los hombres de bien y buena voluntad, que estarían prontos a seguirnos por el camino sin abrojos del perfeccionamiento propio, cuando fuera verdad aquello de que la moral entra por casa...

En espera de su sabio parecer, me es grato renovarle los sentimientos de admiración y aprecio con que soy de Usted muy att.º servidor y amigo,

Víctor Guardia Quirós.

Post scriptum.—Me entero en este momento, por el servicio informativo de la prensa, del siguiente postulado del Presidente Hoover:

«Contra nuestro poder, los pueblos débiles tienen la defensa moral.»

He ahí una doctrina que rima con mi tema. Es todo una promesa; o más bien un alto compromiso en favor de Latino América. Es un programa que debemos adoptar desde luego como lema del panamericanismo, haciéndonos dignos de la defensa moral por la moral defensa. ¿Qué opina usted en todo esto? Le cedo la palabra.—V.

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

STUTZ

EL REY DE LOS AUTOMOVILES

POTENCIA - LUJO - CONFORT - ECONOMIA
EXISTENCIA COMPLETA Y PERMANENTE DE REPUESTOS

PRADILLA & Co.

TELEFONO 3651

INDICE

Legenda aut acquirenda



Ultimas obras de España Calpe:

Francisco Cambó. <i>Las dictaduras</i>	€ 3-00
A. Kingsley Porter. <i>Más allá de la arquitectura</i>	2-25
V. Alvarez Villamil. <i>La Revolución de Septiembre</i>	7-00

Obras de Bernard Shaw:

<i>La otra isla de John Bull</i>	4-25
<i>La casa de las penas</i>	5-00
<i>Tres comedias para puritanos</i>	4-25
<i>Hombre y Superhombre</i>	4-25
<i>Guía de la mujer inteligente</i>	10-00
<i>Comedias desagradables</i>	3-50
<i>Matrimonio desigual</i>	5-00

Obras de Emerson:

<i>Diez ensayos</i>	4-25
<i>Doce ensayos</i>	4-25
<i>La ley de la vida</i>	4-25
<i>Diez nuevos ensayos</i>	4-25
<i>Vida y discursos</i> . (2 vols.)	8-50
<i>Hombres simbólicos</i>	4-25

Dirijase al Adm. del *Rep. Am.*

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José.

Tablero

Se nos fué Salvador Umaña, amigo y colaborador, Buen estudiante (es Profesor de los que estudian.) Se nos fué para Alemania docta. Va a estudiar filología y ciencias de la educación. Volverá bien equipado. Ya lo prevemos: un posible organizador técnico de nuestra enseñanza cuarteada, un posible Director de la Escuela Normal, un posible Secretario de Educación, modesto, laborioso, competente. ¿Qué no será un joven con ambiciones nobles, sano, estudioso, capaz?

Al irse, los graduados de la Normal, en Heredia, lo despidieron con amables palabras, como éstas de Víctor Cordero, otro gran muchacho de Costa Rica:

Salvador: la Sociedad de Graduados me recomienda ofrecer esta reunión a Ud. como un homenaje merecido y con motivo de su próximo viaje a Europa. Yo cumplo gustoso sin pensar en mis capacidades para hacerlo sino en el amigo excelente, buen corazón y gran intelectual. Acepte esta manifestación de simpatía de los graduados que en bastantes ocasiones lo vieron laborar en sus filas y que en otros aspectos no han sido del todo indiferentes a este triunfo que hoy celebramos, de un verdadero luchador intelectual.

Hacer una despedida a Salvador Umaña no significa decir adiós a alguien que va a recrear su entendimiento por cualquier país europeo. Significa cumplir con el deber que hemos contraído con un trabajador infatigable a quien no hemos sabido apreciar suficiente y a quien debemos mucho de la personería intelectual que va adquiriendo ya este grupo de maestros que llamamos graduados de la Escuela Normal. Y significa para nosotros no hacer más silencio cuando algún graduado se levanta sobre el nivel común, dando así dignidad y autoridad al grupo a que pertenece.

Hablar de Salvador y decir lo bueno es repetir lo que está en el ambiente de todos. Nadie pudo hacerlo mejor que don Omar cuando nos elogiaba su capacidad organizadora y don Luis Felipe, que lo consideró apto para dirigir un colegio de segunda enseñanza. Esto es suficiente para que nosotros hagamos silencio y dejar así que la admiración crezca en nuestras almas.

Pero yo quisiera sacar una lección: sabemos cuantas veces se nos dijo aquí del esfuerzo, de la constancia, de la bondad que es necesario poner en la realización de una empresa o de un sueño de nuestra vida. En Salvador tenemos al hombre que no echó en saco roto las prédicas que recibió hace 12 años, cuando era alumno de la Escuela Normal. Aquí está el fruto de aquellas semillas esparcidas.

Y en cuanto a los graduados, salidos de aquí sin experiencias, que a falta de guías muchas veces encuentran combatientes, en un joven como Salvador la preparación personal es el escudo en donde los malquerientes rompen sus lanzas.

Esta es la otra lección que robamos hoy a este singular ejemplo de tenacidad y estudio.

Muchas cosas buenas podríamos sacar del caso de Umaña, sin que la modestia natural de su corazón bien puesto se desquicie.

Hoy venimos a decirle hasta luego y sirvan estas frases, en lo poco que ellas puedan servir, para el acopio de fe y confianza que su alma necesita en los momentos en que deja estas playas en busca de otro horizonte intelectual.

Telegrama

De Limón, 1.º de Noviembre de 1929.

A Carlos Luis Sáenz y compañeros,

Heredia.

Este dolor de la partida es nada cuando hay amigos como ustedes que saben hacer evocación de los nombres más sagrados para alentar; de nuevo juro ante ustedes que viviré para ser digno de mi esposa y mis hijos, digno de mi Escuela Normal, en cuya estrella vive el alma de aquel Maestro único que a todos nos conforta.

Los abraza,

Salvador Umaña.